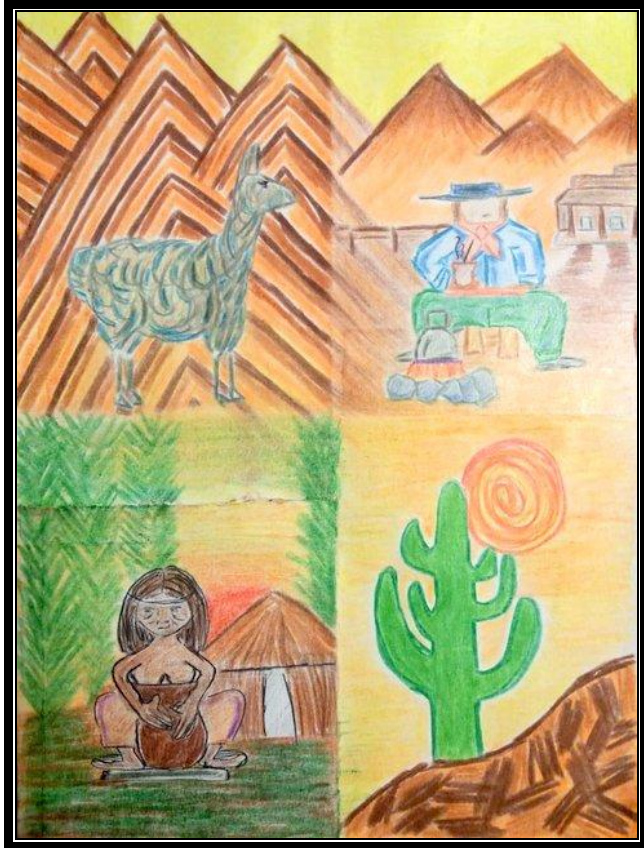


CONOCIENDO SALTA

EN CUENTOS Y RELATOS



Gustavo Flores Montalbetti
2017

Flores Montalbetti, Gustavo

Conociendo Salta en Cuentos y Relatos. Provincia de Salta

Edición Digital

115 Páginas, tamaño 14 x 20 cm

ISBN N°807101 (autor editor/ pequeño editor)

Dibujo de Portada: María Victoria Flores

Narrativa Argentina. Cuentos y Relatos de Salta

Título: Conociendo Salta en Cuentos y Relatos

Esta obra cuenta con el auspicio de:



ISBN N°807191

Impreso en Salta – República Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso del autor

A María Alejandra, mi esposa

a nuestros hijos

**Gustavo Mariano
Matías Alejandro
María Victoria
Delfina María**

a nuestros nietos

**José Ignacio
Francisco
Joaquín
María Constanza
Julia Alfonsina
Nicolás Farid**

a los que vendrán

PRÓLOGO

Porque en muchas ocasiones y quizás sin tener porqué, me hiciste participe de tus peripecias. Me llenaste de recuerdos de una infancia hermosa pescando en El Tunal, buscando restos arqueológicos, vacacionando en La Punilla, Corralito, Cafayate, Cachi, Betania y demás lugares que hoy me acompañan junto a su gente maravillosa. Por esto y por todo lo demás..., gracias por las aventuras que de niño compartimos. Gracias por enseñarme que el campo es un lugar mágico lleno de duendes. Gracias por mostrarme la gentileza y humildad de la gente que allí habita. Gracias por los caballos, los catres llenos de pulgas, las frutas cortadas del mismo árbol, los peces y cangrejos pescados con la mano, los sustos por las ánimas sueltas, las caminatas por la espesura, por los polvorines. Por las noches profundas, por las acarreadas de baldes pa'l horno de barro, los guisos pulsudos, la luz buena y la luz mala. Gracias por las cañas de azúcar, por el picadillo con galletas, por las historias del familiar acompañadas de un susto. Gracias por la maaaaano peluuuuda!!!, gracias por darme la oportunidad de poder frecuentar a tantos personajes grandiosos e impregnados de anécdotas y de una amabilidad y simpatía infinitas. Gracias por conocer a Celia, Crisanto, Plácido, Genoveva, Benjamín y a don Rex González. Gracias por los valles, ríos, montes, montañas y demás paisajes que pude aprender a apreciar. Gracias viejo por todo este bagaje que hoy llevo cargado de recuerdos placenteros que compartiré algún día con mis hijos y mis nietos...

Mariano

El olor de la noche cerrada en el monte de La Punilla y el placer de compartir experiencias que solo se pueden vivir en ese lugar alejado donde uno debe nutrirse de la tierra y respetarla. El

calor de una fogata en una noche fría compartiendo en familia una cena y ese centro de calor que atrae a la fuerza, permite compartir miles de costumbres. La incertidumbre de la oscuridad momento en el que hay que recurrir al instinto de supervivencia sin saber si se actúa correctamente o puede haber un desenlace inesperado. El miedo a lo desconocido por las miles de historias que genera lo que no se puede comprender. Volver a ser niño con el recuerdo de olores, sonidos y situaciones que son recordadas desde los ojos al ser pequeño. El sentimiento de pertenencia de saber que todo esto es gracias al haber crecido en una tierra que permite esta variedad de personajes y vivencias propias..., experiencias vividas que al recorrer este texto me invaden y reflejan el profundo sentir de pertenecer a una tierra llena de magia. Gracias viejas por tu aporte a la cultura, solas espero que algún día sea reconocido como debe ser, y no solo desde la literatura. Con profunda admiración:

Matías

¡Qué tarea me tocó! Durante los años de mi niñez, hoy recuerdo tantas cosas, cada salida, cada campamento eran una aventura; recorrer e imaginar cómo habían sido esas viejas construcciones, cómo dormían, cómo cazaban, en fin..., cómo vivían los antiguos pobladores. Las idas a Cachi eran mágicas, pues mi viejo se tomaba todo el tiempo del mundo para mostrarnos y explicarnos lo que allí estaba. Tiene al día de hoy esa forma de hablar sencilla y pausada que te hace entender e imaginar todo.

Los mejores momentos fueron en la majestuosa Punilla; lugar de ensueño donde conocimos el verdadero miedo y tuvimos la mejor satisfacción. Bajar al río y llenar el balde con cangrejos, y lo más gracioso comerlos con doble porción de sal para terminar con la lengua seca. Descubrir que los personajes autóctonos existían; qué miedo daban, y qué curiosidad. Cabalgatas con lluvia y a la luz de la luna, con relatos fantasmales que hacían poner los pelos de punta, (por supuesto que yo iba a caballo con mi papá). Ver a la gente del lugar hacer las cosas típicas, y el trato que nos daban, con tanto amor y gentileza que nos hacían sentir parte de ellos.

Tomar la leche recién ordeñada, pelear con Judith y su chanchito (la recuerdo diciendo su “óchala po”, cuando algo no le gustaba), llenar las alforjas de frutas, luego de sacarlas del mismo árbol que las sostenía; eso era genial; y mojarlas con baba para darles ahí nomás un mordiscón. ¡Manzanas como esas, no había! Largas caminatas en las que la noche nos encontraba cansados, y había que dar la vuelta pa’ que algún animalito robusto no nos agarre. Con estos recuerdos podría escribir una lista interminable, y por muchos momentos más te agradezco, como también por el amor que nos hiciste tomarle a nuestra tierra. Solo quiero agregar que lo que dicen estas hojas, son el reflejo de un arduo trabajo de años de investigación y pensamientos; y sobre todo, de mucho amor. La mejor manera de conocer nuestros paisajes, historias y costumbres, es a través de este libro.

María Victoria

A esta persona que ha sido inspiración de nuestra cultura, y como hija amparada por un caudal de historia, por su aprendizaje como base para vivir el mundo. Al padre consejero, charleta incansable como aquél que viene lleno de manos y vidas a mostrarte. Al amigo comprensivo, cómplice que cultiva con fuerza una curiosidad apasionada en mí, empujándome a lo profundo..., a lo pleno. A un estudioso, ambicioso en su pensar. Preocupado por las conciencias que comparte con él la sociedad. Reproduciendo los lenguajes, los gestos, ahondando en la cotidianeidad, en lo esotérico, en el misterio de sus formas para darse a la luz. Arraigado a la tierra, como un árbol de raíces gruesas. Trascendiendo las generaciones para dejar plasmada la sabiduría que nos brindan los pueblos y sus transformaciones. A ese ser al que tanta gratitud le entrego, y al que no podré dejar de agradecer nunca, por la riqueza de su compañía, la lealtad de su cariño y la polenta de su saber! Con todo mi amor.

Delfina Corbani

Palabras previas

Poco más puedo agregar a lo que resulta por si solo un resumen compacto de algunas experiencias de vida, que de por sí es representativo y descriptivo de los modos costumbres y de la forma de hablar de la gente; es decir, de su existencia. Gente sencilla, gente “hacedora de lo nuestro” que me permitió estar en el momento preciso para ser partícipe y testigo de cada una de ellas.

Varios elementos pueden parecer resultantes de la imaginación que suele acompañar el recuerdo cuando se escribe, pero son de manera directa o indirecta, un claro reflejo de lo acontecido oportunamente.

Doy gracias a los lugareños que habitan las distintas regiones naturales de Nuestra Provincia, por ser ellos quienes mantienen perdurando por generaciones toda esa herencia formativa y educativa de vida, recibida de sus mayores y que son en definitiva los rasgos y pautas culturales que nos marcan como poseedores de la sólida identidad con que nos conocen.

Gracias a las autoridades de la de la H. C. de Diputados, en especial a los miembros que integran la Comisión de Cultura.

Gustavo Flores Montalbetti

Acampando en el Museo

Siempre recuerdo la ocasión cuando siendo chico recorrí con mis padres durante toda la tarde el Parque San Martín de Salta y antes de finalizar el paseo entramos a visitar el Museo de Ciencias Naturales. Único en su tipo en la provincia por aquél entonces, donde la principal atracción era una niña cíclope exhibida dentro un enorme botellón de vidrio, nacida sin vida en un hospital algunos años antes.

El singular edificio del museo mostraba por entonces un aspecto bastante descuidado, en realidad, lamentable. Sus paredes eran de un color indefinido debido al desaseo y al tiempo que llevaban sin remozar y con una tonalidad de fondo que no permitía suponer cuál habría sido el color original. Si bien por su apariencia exterior, que se podía calificar como deplorable, el estado de su interior era casi igual o quizás peor, pues todos los cielorrasos y paredes estaban rajadas y descascaradas. Además, se veían incontables chorreras de agua de lluvia cargada de suciedad que, filtradas desde el techo, daban el aspecto de ser los mechones de una vieja peluca. Todo era grisáceo y apagado, y con aire opaco y mugroso; los vidrios de los escaparates estaban marcados por las huellas grasientas de miles de manos refregadas. Mirando al través llegué a intuir una congoja indefinible en la expresión de los monos y corzuelas, de las iguanas y lagartos y muchos otros animalitos que, con ojos entristecidos, ocupaban un ambiente artificial de frígido montaje. Lo observé también en las aves que se alzaban con sus finas patas pegadas a ramas secas, a la par de una inocultable resignación por el apolillamiento de sus plumas. Aquel día me retiré con tan mala impresión que necesité del paso de mucho tiempo antes de volver a sentir deseos de visitar otra muestra.

En mi juventud estudié Arqueología, y al avanzar en la carrera tuve oportunidad de hacer numerosos trabajos de campo acompañando a investigadores y científicos que llegaban de otras provincias y países en recorridas por distintos sitios del Noroeste. A mediados del año 93 las autoridades provinciales me tentaron con la propuesta de asumir la dirección del Museo Arqueológico de Cachi en reemplazo de su recién fallecido director. Acepté sin pensarlo y viajé al pueblo contento y entusiasmado, aunque desconociendo que prevalecería el peso de lo político sobre lo académico. El mencionado asunto de mi nombramiento tuvo un desenlace previsible y en contados días entendí con claridad cuál era el terreno en que me encontraba parado. Por cierto, la situación era confusa, porque más que los antecedentes, primaba el haber sido nombrado por funcionarios del signo político gobernante y arribando de repente a manejar el establecimiento más representativo del pueblo. Un pueblo en el que se registraba un altísimo porcentaje de afiliados del partido opositor y de ninguna manera me significó beneficioso el ser apolítico y no estar afiliado. Los lugareños, de carácter arisco y tímido, recién comenzaron a aceptarme como el reemplazante del ex-funcionario local a medida que vieron avances y cambios alcanzados en la institución a lo largo de tres meses de duro trabajo, mientras tanto, estuve solo como un perro callejero pintado a rayas.

El edificio del museo ocupaba la totalidad de la superficie de una pequeña manzana irregular, de modo que se encontraba aislado de otra construcción. A uno de los costados, callecita de por medio, se levantaban la Iglesia y una casa de familia, todas antiguas edificaciones contemporáneas de fines del siglo XVIII. El desaparecido director, había tramitado un fondo de dinero para terminar las obras que permitirían habilitar otro sector del edificio, con el aporte de una fundación para la compra de los materiales y la mano de obra por parte del municipio. El problema más urgente a resolver se

había suscitado durante los meses de acefalía, pues alguien había dispuesto desalojar los predios destinados al área de reserva y a distribuir las piezas en otras dependencias. Al ver las condiciones en que estaban depositadas, redacté varias cartas buscando dar con el corazón sensible de algún empresario que donase estanterías y otros elementos con que acondicionarlas. Un mes más tarde tres empresas respondieron y enviaron sus paquetes de encomiendas con gran parte de lo solicitado.

Entre los cientos de piezas de alfarería, piedra, metal y madera se guardaba una veintena de cajas con restos óseos humanos recuperados en las excavaciones de cementerios en distintos sitios, realizadas por investigadores invitados. De pronto me encontré con un montón de fémures, tibias, húmeros y otros huesos que manipulé con desagrado, pero igual dediqué varios días a reconocer, embolsar y rotular las piezas y a controlar el inventario con los números asignados. Una tarde en que buscaba el material rescatado en tumbas de un sitio del Período Temprano que había sido habitado en forma de pequeña aldea dos mil años atrás, supe que los mismos estaban en calidad de préstamo. Revisé el archivo de correspondencia y encontré que el Departamento de Antropología Física de la Universidad de Córdoba lo había requerido oportunamente para someterlo a estudios. Casi una década me pareció mucho tiempo y envié una carta de reclamo. Pasaron tres semanas y recibí la contestación junto a una copia de los estudios, además me informaban que la colección estaba acondicionada en cuatro bultos y sería enviada de regreso esa misma semana.

Una corta frase de disculpas por el olvido y la demora concluyendo el mensaje y la firma del decano acompañada de su sello personal, cerraban la comunicación. Casi un mes más tarde se detuvo un camión a la puerta del museo y entre varios muchachos descargaron los mencionados bultos.

Efectivamente eran cuatro cajones, pero cuatro cajones descomunales en los que entraron todos los muertos del poblado. Con ayuda de algunos comedidos y un ordenanza, los acomodamos en el Laboratorio y comprobamos que contenían los restos de treinta y siete individuos. Volvimos a taparlos y los dejamos en un rincón hasta disponer del espacio para almacenarlos definitivamente. Lo curioso fue que, a partir de ese momento, la tranquilidad que solía imperar en las soleadas horas de la siesta tuvo marcados altibajos; al principio y sin ser supersticioso no les presté mayor importancia y tomé las extrañas situaciones como resultados de la casualidad, de olvidos transitorios y hasta de secuelas de las leyes de la Física; porque eran cuestiones que sucedían de vez en cuando. Pero la cosa cambió cuando además las percibió el personal de turno; y quizás ante la indiferencia demostrada, los hechos se repitieron a intervalos más cortos. Algunos objetos cambiaban de lugar y otros desaparecían, veíamos sombras fugaces y hasta algún destello provocando sobresaltos. Ocasionalmente escuchamos golpes y gemidos provenientes de los recovecos de las salas y de los patios, aunque, caprichosamente los percibíamos el personal de turno y yo, nunca sucedieron mientras había visitantes recorriendo el edificio. Con el personal hablamos varias veces del asunto cuidando no difundirlo más allá del ámbito de trabajo; y cada uno de ellos y por separado, me confirmó que con anterioridad jamás sucedió algo parecido. Para mayor estupor, los fenómenos cesaron un par de semanas más tarde y de la misma forma en que habían comenzado, de modo que toda cuestión de fenomenología, pasó al olvido.

En la mañana de un día cualquiera a fines del invierno y casi a mediados de mes, recibí la noticia de que no podría continuar ocupando la habitación en que me alojaba, y al no tener los recursos para mudarme a una pensión, decidí instalarme en mi lugar de trabajo. Forzosamente ocupé una de las dos amplias habitaciones a las que se accedía desde las

oficinas. En la habitación contigua a ellas dispuse de un anafe, una mesa y algunas sillas para los momentos de descanso, y en la siguiente coloqué una gruesa cortina y armé un campamento consistente en una cama, un precario colgador de ropa y dos sillas sobre las que acomodé las fotos familiares y algunos libros de cabecera; y de ahora para enseguida, tuve organizado mi nuevo estar. Desde la misma oficina y luego de sortear un oscuro y estrecho pasillo, hacia la mano derecha había un baño de cortesía identificado con un letrero escrito a mano. Justo enfrente, se ubicaba un cuarto atiborrado de cajas, paquetes, cajones y cajoncitos, que apenas permitían entornar la puerta. Nadie tenía idea cierta de lo que durante más de veinte años fue acumulando allí el ex-director, y como la bombilla no encendía y era imposible entrar, el interés por escarbar allí no me resultó inmediato.

La jornada comenzaba cuando el perezoso sol aún no se montaba para asomar por sobre la cumbre del Cerro Negro, entonces abría las puertas del museo y esperaba la llegada del personal para marcharme a desayunar, y las cerraba ya pasadas las siete mientras el astro rey desaparecía cejando su recorrido por detrás de la silueta del Cerro Nevado. Luego tomaba una ducha y me iba a cenar en un comedero cercano. Un hermoso y mortecino atardecer de verano, a media hora larga de haber cerrado el museo, al disponerme a cruzar el silencioso patio y dirigirme a la calle, detuve mi marcha pensando que la claridad agonizante jugaba una mala pasada o que quizás era el producto de una travesura de sombras y reflejos. Fijé la vista y caí en cuenta de que por los viejos y gastados baldosones de arcilla cocida de la galería con arcos que rodeaban el patio, una mujer caminaba apuntando directamente a las gruesas puertas de las salas. La vi hacia el extremo diagonalmente opuesto al que me encontraba, y pensando y dudando si sería cierto, cavilé unos segundos, pero de repente volví a verla recorriendo el último tramo por detrás de las macizas columnas. Convencido de la realidad del

momento y creyendo que ingresaría, me apresure y con largos trancos intenté alcanzarla diciendo:

-¡Oiga señorita, el museo está cerrado ¿adónde va?!-

La llamativa figura no se dio vuelta y ni siquiera atenuó la velocidad. La tuve a seis o siete metros de distancia, y aunque en penumbras, alcancé a ver que se desmaterializaba contra las robustas hojas. Quedé boquiabierto y detuve en seco mis pasos sin entender lo que sucedía, y alcancé a encender las luces del patio para examinar la intersección de las galerías. Repetí el trayecto varias veces hacia uno y otro lado y empujé las puertas queriendo estar seguro de que habían sido atrancadas desde adentro, como se acostumbraba. En ese instante, un total desconcierto me invadió y un hilo helado comenzó a recorrerme el lecho de la espalda desde los talones hasta la coronilla y sentí la boca pastosa como si hubiese masticado un puñado de arena. De todas formas, minutos después y ya pasado el susto aún pensaba en que pude alucinar debido al entorno, la luz mortecina y a un toque de sugestión.

Al siguiente día las cosas continuaron normalmente, aunque la zozobra llegaba de noche y antes de ser atacado por el insomnio o de levantarme para atender el llamado de la madre naturaleza. Ese era el instante en que pensaba una y otra vez, la cantidad de pasos que debía hacer para llegar al baño caminando en puntillas y pegado de espaldas a la pared; y simultáneamente mirando a la vanguardia y vigilando la retaguardia. Recuerdo haber calculado los segundos que demandaría encender las luces de la cocina, luego las de la oficina y por último la del pasillo; aunque tuve suerte y nunca sucedió nada, por más rápido que lo hacía percibía una inquietante presencia. A veces con buena luz y al momento de deslizar la cortina de entrada del campamento, presagiaba el acecho. Más aún, no recuerdo haber estado soñando aquella madrugada en que desperté de frío y me senté de golpe en la cama mientras me abarcaba la horrible sensación de haber

sido estrechado en un angustiante abrazo de hielo. Temprano en la mañana fui a la Iglesia y regresé minutos después con dos botellas de agua bendita, rocié todos los rincones haciendo la santa señal; en especial de mi paradero. Luego colgué una cruz por encima de la cabecera del catre y acaso ayudó, pero estaba completamente convencido de que algo rondaba y se mantenía a distancia por mi profunda fe.

Una tarde en que conversaba con un anciano vecino comentó que, hasta levantarse las edificaciones contiguas a la iglesia, los terrenos aledaños se utilizaban como camposanto desde épocas coloniales; y en las casas que se hicieron con posterioridad, cuando cavaron para hacer los cimientos y pozos ciegos encontraron sepulturas en cantidad. Reflexionando e hilando fino, supuse que no era inusitado pensar que debajo del callejón que separaba la Iglesia del museo y hasta debajo de los gruesos paredones que las soportaban, permanecían finados de muy larga data. Así fue que durante los meses de invierno, no pude más que dormitar envuelto en frazadas y un grueso cubrecamas. Era como estar adentro de una precaria guarida con los párpados apretados y adivinándola que flotaba de pie a mis pies o suspendida de una de las sólidas vigas del techo mientras practicaba alguna voltereta por encima de mi frágil envoltorio. Fueron horas en las que permanecí con la piel erizada y padeciendo de saberme el centro de su abismal y hueca mirada, y aunque jamás habló ni hizo ruidos ni se dejó ver, yo la sabía rondando. De domingo a viernes la intuía apostada detrás de la puerta esperando mi regreso, y aun así yo ingresaba a los recintos sabiendo que ella vagaba de aquí para allá con absoluto dominio. Casi podía palpar su alegría de fantasma difuminado y sin malas intenciones, pero de asustar, asustaba; por lo que, con resignación, me acostumbré a dormir salteado. A veces y no solo cuando de cansado los párpados se me cerraban, cierta impresión me invadía como un chispazo, pues en varias ocasiones y mientras caminaba por entre espacios y galerías, en algún baldosón del itinerario salté hacia

un lado y giré presintiendo de que alguien estaba a punto de tomarme por los hombros.

En la quietud de una mañana desperté con el antojo de desalojar el oscuro cuartucho del pasillo y mandé a buscar al Sapito, un muchacho lugareño al que pedí ayuda por lo escaso de su talla y menos corpulencia. Primero hicimos palanca entre la hoja y el marco para ensanchar en algo la abertura por la que entró alumbrándose con una linterna, y cambió el mentado foco. Una estantería de madera había cedido bajo el peso que cargaba y una de sus patas, que había quedado a menos de veinte centímetros de la puerta, actuaba a manera de traba. El Sapito corrió lo que pudo, aserró lo que molestaba y por fin pudimos abrirla. Entonces sacamos a la galería varias cajas con los cuadernos en que el anterior Director describió los sitios recorridos, lo que hizo en cada uno y el material hallado. Mencionaba algunas piezas que le fueron entregadas por campesinos que tenían sus viviendas dentro de los sitios, o mejor dicho, campesinos que tenían sitios arqueológicos dentro de los límites de sus tierras. Nos llevó dos días terminar de limpiar y acondicionar el cuarto. En una de las cajas debajo de los cuadernos y demás escritos, encontré una maltrecha agenda de tapas de cuero negro. En unos croquis del sitio Salvatierra había localizado e identificado las viviendas y tumbas excavadas oportunamente. Al final, en una hoja doblada a lo largo había escrito: “el único sin calavera”. Al desplegarla quedó a la vista un dibujo con la ubicación de un enterratorio y la disposición de un esqueleto incompleto con las siglas correspondientes. Fui al Laboratorio y revisé las bolsas con las osamentas de acuerdo al número y en orden ascendente para ubicar los restos de cada individuo. Al día siguiente confirmé treinta y siete bolsas conteniendo los restos de igual número de personas, de los que sus esqueletos estaban prácticamente completos; solo faltaba el cráneo del sepulcro 02578. Me dirigí a una investigadora que había formado parte de los trabajos de excavación para saber si tenía

conocimiento del faltante de un cráneo entre los esqueletos exhumados. Luego volví a repasar con mayor detenimiento los resultados del voluminoso y ordenado informe que establecía el número de inventario de cada uno, su estado general, cantidad de piezas dentarias, entre otros datos, previa identificación del número de tumba, fotografías y demás detalles, y lentamente las repasé hasta encontrar el 02578. La descripción era sencilla: sexo femenino, edad entre 20 y 25 años, esqueleto completo, sin cráneo; y coincidía el detalle con el contenido de la bolsa.

Las primeras horas de la tarde me encontraron recorriendo el sitio para corroborar algunos datos. Los sepulcros eran negros agujeros bordeados por el sedimento y piedras retiradas varios años atrás. Aquellos remotos aldeanos construyeron las fosas con características que no se repitieron en grupos con los que coexistieron ni en los que posteriormente ocuparon la zona; delimitaron las tumbas con piedras alargadas y colocadas en vertical en todas las caras, y tanto para formar el piso como para ocluir las pusieron al través después de colocar al difunto y su ajuar. Este llamativo y particular patrón de enterramiento se repetía solo en tres sitios de los muchos registrados. Pasada una media hora de recorrer el sitio pude detectar el reducto del que exhumaron los restos del 02578, y convencido de que toda regla puede tener excepción, intuí algo que poco más tarde resultó extraordinario.

Primero quité dos enormes piedras del piso y profundicé el suelo de la tumba por treinta centímetros, hasta descubrir dos pequeñas lajas que hacían de segunda tapa. Con la paciencia de un pincel y de una espátula trabajé en el reducido cubículo para retirar el sedimento, y encontré el cráneo. Tenía la frente acordonada por una ancha tiara de plata con cuatro plumas de guacamayo color bermellón, perfectamente engarzadas. Inmediatamente traté de responder el primer interrogante que me apabulló al igual que un molinete de cachetadas:

-Quizás ocurrió que, a poco de darle muerte, le fuera seccionado en el transcurso de una ceremonia-,

-Otra alternativa es que la hayan ofrendado a sus dioses-,

-Tal vez le escindieron el cráneo al fallecer por alguna otra causa-, o -Tal vez quién ofició de shamán al momento de sepultarla lo escondió intencionalmente pensando que de esa manera el espíritu de la joven no abandonaría el mundo real-

De todas formas, nadie podrá concluir con certeza ni de manera terminante la razón de su ocultamiento en una fosa con doble fondo parcial, por decirlo de algún modo.

Regresé al museo cuando el sol comenzaba a declinar, y dejé sobre el mesón del Laboratorio la bolsa de tela conteniendo el cráneo y su ornamento, y cerré con llave. Me sentía cansado pero satisfecho por tamaña corazonada y el ulterior hallazgo. Cuando me encontraba cruzando el umbral de la oficina para saludar a quienes trabajaban en ese turno, escuchamos un alarido que nos hizo espeluznar mientras crujieron puertas y ventanas. Unos segundos después atinamos a mirarnos e instintivamente corrí a abrir la puerta, por detrás llegaron los otros. La bolsa de tela era un manojo de flecos encima de la mesa, la calavera y la tiara que la ceñía estaban intactas, pero las hermosas plumas de guacamayo habían desaparecido y ni siquiera las mencioné. Siendo tarde esa misma tarde, desapareció del museo la sensación de temor que predominaba hasta entonces; y se acallaron los gemidos y demás fenómenos inexplicables. El espíritu que me mantuviera en vela durante tediosas e interminables noches, se había retirado a descansar para siempre; y también yo volví a dormir tranquilo.

Aunque lejana en los años, de vez en cuando, vuelve a mi memoria la fugaz imagen de una mujer de larga cabellera azabache coronada de plumas rojas.

Anécdotas de don Felipe

Don Felipe era un inmigrante turco llegado al país en 1913, junto a su esposa buscaban un nuevo horizonte para instalarse y comenzar con un comercio; se afincaron en los alrededores del caserío del Lote Santa Rosa y abrieron un modesto almacén de ramos generales. Tuvieron la suerte de hacerlo durante el apogeo del ferrocarril que, con varios trenes al día, aseguraba un movimiento constante de gente y cargas. Con el paso de los años el comercio creció tanto como la familia y decidieron trasladarse al pujante pueblo de General Güemes que se había extendido a ritmo acelerado en poco tiempo. Algunos meses después de establecerse, don Felipe pasó a ser uno de los comerciantes más conocido por lugareños y por los que andaban de pasada.

En aquella época comenzó a utilizarse la “libreta del almacenero”, donde el bolichero anotaba los gastos de su titular durante el mes, y por regla sobreentendida debía abonar al momento de cobrar su salario. Entre sus clientes había un remolón que se las ingeniaba para seguir sacándole al fiado aún después de cobrar y no haber pagado. Un día el moroso envió a uno de sus hijos para que don Felipe le anotara dos kilos de azúcar, uno de yerba y cinco de harina. El turquito no sabía cómo decirle al chico que su papá debía pagar la cuenta, y se le ocurrió al momento en que le alcanzó la libreta; don Felipe la hojeó de cabo a rabo y exclamó:

-¡Bero decíle a tu babito que ya no la tieni hoja donde anotar!-, y con toda su inocencia respondió:

-Dice mi papá que le siga anotando en la tapa nomás-

Cuando por algún motivo don Felipe debía trasladarse a Salta, viajaba en el coche motor y ahorra haciéndolo en

segunda clase. Vestido de traje y corbata y sombrero, se acodaba en la ventanilla de la estación y le decía al boletero:

-Vendame una boleto de segunda bara Güemes bara Salta y bara Güemes-, así lo hizo durante mucho tiempo hasta que sus finanzas mejoraron, entonces resolvió comprar una finquita en Aguas Calientes para sembrar papas. Con unos pesitos que venía guardando, compró un Chevrolet 39. Tenía algunos conocimientos de conducción, pero en el primer viaje antes de llegar a la finca le fundió el motor. Un mecánico amigo que había verificado el buen funcionamiento cuando lo compró, le preguntó:

-¡Don Felipe, le digo la verdad!, no sé cómo ha hecho para fundirlo, ¿a qué velocidad venía usted?-,

-M'hajito yo no la sabe un carajo, bero ahora que Felipe la tieni una Chavrolé, la viaja siembre en brimera, ¡ya'stá cansado de la segunda!-

En las tardes soleadas se sentaba en un sillón de mimbre a las puertas del almacén y miraba el atardecer y el ir y venir de la gente. Siempre aparecía un manguero de turno a pedirle plata y don Felipe nunca se negaba, pues del bolsillo trasero del pantalón sacaba la billetera y le alcanzaba unos pesos. Pero había uno por demás cargoso que lo tenía cansado, entonces se propuso darle un escarmiento y guardó en el bolsillo opuesto, una billetera vacía. Así que cuando el muchacho aparecía seguido, don Felipe se la mostraba diciendo:

-¡Mirá m'hajito, ahora no la tieni blata!-

El manguero no se daba por vencido y continuaba insistiendo, y don Felipe repitiendo la misma frase. Hasta que un día se equivocó y sacó la billetera que tenía dinero; al darse cuenta de su error, puso cara de sorpresa y agregó:

-¡Bero vé, ¿quién la buso blata acá?!-

Don Felipe vendía en Tucumán la producción de papas de su finca. Un año, en plena cosecha lo llamó por teléfono un comprador para consultarle:

-Don Felipe, todavía tiene papas para vender? -
-Si m'hajito, si la tiene-,
-¿Y qué tal está?-,
-¡Eeeeh babito linda baba, así de grande mirá osté!-, le
respondió abriendo todo lo que pudo una de sus manos.

Con los años y después de mucho practicar junto a un amigo a quién le sobraba paciencia, don Felipe se convirtió en un experto al volante y viajaba en su voiturée. Un colero que lo había convertido en su objetivo, solía esperarlo casi a diario a la salida del pueblo y de lejos le preguntaba:

-¡Don Felipe, ¿va para Salta?!-,
-Si m'hajito, la Felibe va bara Salta, ¡suba nomás!-

Así fue hasta el día en que don Felipe, de mal humor y hablando solo, estaba a punto de partir. El colero se aproximó diciendo:

-¡Hola don Felipe, ¿va para Salta?!-, casi sin ánimos le respondió:

-No babito, la Felibe ahora va bara Jujuy-, y el tipo, lejos de desistir a viajar gratis, insistió:

-Bueno no importa, llevemé lo mismo-, y abrió la puerta apurado. Don Felipe, aunque resignado no se inmutó; lo miró mostrando una amplia sonrisa y dijo:

-Suba babito suba que vamos bara Jujuy. ¡Bero brimero, vamo bara Salta!-

Años después e imposibilitado de viajar solo, don Felipe enviaba a su hijo mayor para que hiciese diligencias en la ciudad; entonces lo apabullaba con sus recomendaciones:

-Vea babito, tengalá cuidado. No la yeve si no la conoce. Y cuando la vaya bara volver, la mira si tiene toda listo. ¡Bero más que nada, osté va ligero bero desbacio!-

De todas sus anécdotas, la más recordada es la acontecida una tarde en la vereda de su casa, cuando ya viejito y tembleque salía con ayuda de un nieto a sentarse y cumplir con el rito de fumar su narguile. Don Santos, uno de sus vecinos, jubilado del ferrocarril que andaba siempre en camiseta malla, también tenía la costumbre de sentarse a mirar el paso de las horas y saludar y charlar con quién estuviese dispuesto. En esos encuentros solían conversar en voz alta, casi a los gritos para poder escucharse.

Una jornada cualquiera, siempre a la misma hora y recién levantado de dormir la siesta, después de que su nieto colocase el sillón en el lugar fijado a la sombra de la morera y dispusiera su almohadón preferido y la toalla espaldera, don Felipe se sentó a sus anchas tironeando un poquito de las mangas del pantalón, y tosiendo un par de veces se sonó ruidosamente la nariz y comenzó la charla:

-Hola vecino, como la vá'osté querido?-

-Hola don Felipe, cómo anda?, todo bien acá, ¿usted?-

-Bien babito toda bien, toda bien. ¡Ah, babito!, digamé osté Santito, ahora la veo, la bregunta. Ayer la visto que la dejaban baquete grande a su casa, ¿que la combró osté?-,

-¡Aaahhhjajá, turquito curioso don Felipe!, compré una heladera, ¡¡compré una heladera!!-, respondió exagerando y aprovechando la volada para sacar pecho con su nueva heladera a kerosene; y mirándolo por el rabillo del ojo, golpeó las manos un par de veces llamando a su mujer:

-¡Laurita trae un vaso de agua, y que esté bien fresca!-

Aunque sin demostrar que aquella actitud le hizo hervir la sangre, don Felipe que no podía ser menos, con parsimonia se aferró de los apoyabrazos y enderezando la osamenta todo lo que pudo, infló el buche a lo que daba y con aire sobrador apuntó al zaguán para llamar a la suya:

-¡Zehíre, venga, venga querida. Venga y traigamé un vaso de anís turco borque la tengo mucha sed. Borque agua..., agua toman las bueyes!-

Changuito de sal

En la áspera Región de la Puna, salpicados entre las grandes moles cordilleranas están unos extensos manchones blanquecinos; son los salares que se alternan limitados por unos imponentes conos volcánicos. A pesar de ser inhóspita y árida, es un lugar donde sobreviven penosamente unos pocos nativos corajudos; algunos pasan los días pastoreando rebaños de llamas y ovejas, otros buscan pepitas de oro en los bancos de arena de los arroyos, o arreglan y construyen corrales de animales; solo unos pocos se dedican a extraer sal. Son costumbres transmitidas desde tiempos inmemoriales que les permiten obtener productos para hacer trueque.

Quién no la ha recorrido cree que solo es un páramo lejano, y aunque en parte es así, hay sectores en que la fauna nativa es variada y numerosa. En invierno, el viento helado es casi permanente y las copiosas nevadas llegan a sepultar de pie a los animales desprevenidos. Durante sus cortos días el lento y triste sol alumbra sin calentar. Pero distinto resulta cuando el aire se temple, pues los días son tranquilos y sin viento, y los lugareños salen a trabajar en cuanto comienza a clarear.

Amanecía temprano en el salar, era poquito más de las seis y el sol del verano ya se alzaba sobre las montañas despuntando el nuevo día, y como los anteriores iba a ser caluroso, muy caluroso. Sentado en sus talones y con una pequeña hacha entre sus manos, Silverio ayudaba a su padre en la dura y difícil tarea del cortador de sal. Es algo que había aprendido del suyo y aquél también sabía lo que sabía del de él; y por cientos de años enseñado como oficio desde épocas anteriores a la llegada de los Incas, las manos de los Guitián arrancaban al salar parte de su piel, año tras año para el tiempo de la cosecha. Panes de sal que su padre llevaba al

Valle Calcháqui para vender cargando solo de a cuatro por burro y cruzando en dos días la Sierra de Los Patos y bajando hasta Cachi si llevaba los suficientes para comerciar. Cuando venía pegando la vuelta cobraba con choclos en San José, algún tejido en El Colte, vinito en Seclántas, duraznos para el lado de Molinos y pimientos y papas en la Finca Tacuil; después era un oscuro punto trepando el enorme macizo que lo separaba de su casa, de su salar.

Silverio es un niño que a pesar de su edad tiene responsabilidades de hombre, con nueve años y sin infancia pasó de largar la teta y el calor del kepi en la espalda de la mama a manejar su hachita y limpiar y cuadrar los bloques que son más pesados que él, y que su padre separa a puro tajazo de hacha.

Una noche en que volvían de la veguita donde llevan a pastar las llamas y las ovejas, mientras cruzaban las lomadas de la costa en un sector en que brota agua dulce y forma un enorme lago de escasa profundidad, preguntó sorprendido a su padre:

-Tata, ¿por qué hay luna arriba y otra abajo en el salar?, ¡Mirá Tata mirá, si hasta estrejas están áhi briyando como las otras!-,

-Silverio, tenís la suerte de tené cielo arriba y cielo abajo con su luna y su estreyerío. Pero s'están reflejaaando nomá, es como que la agua hace que como espejo ahicito güelvan a está, y si te metís áhi y te mojás la vas a podé tocá-

Silverio Guitián tiene las manitos callosas y ajadas y casi negras por el sol, el viento y la sal, y se mueven habilidosas y conocedoras del oficio; y se ven más negras cuando contrastan con los panes. Su carita redonda no es alegre, no parece la de un niño; sus mejillas son piel curtida y paspada al igual que sus labios, tiene miedo de sonreír, pueden sangrar. De noche, su cuerpito mal nutrido descansa sobre unos pellones de oveja y sus ojitos cerrados solo ven panes de

sal, no conocen juguetes. A veces, acostado y antes de dormirse mira las estrellas que relumbran intensas por una rendija que hay entre la pared de piedra y la puerta de madera de cardón, y se imagina un poncho abierto que agujereado por el uso deja pasar la luz del sol.

Silverio siente que hay otras cosas más allá de los cerros y de las vegas, de las vicuñas y las ovejas; siente que hay otras cosas más allá de las pircas de los antiguos que están en la quebrada, pero las siente y nada más. A veces se pregunta si es que hay niños como él o solo niños de verdad, ¿cómo será? Quizás Silverio nunca lo sepa. Silverio es solo un niño y no debiera llorar, un niño que corta panes de sal.

Silverio no tiene lágrimas, sus lágrimas son el salar.

Decoroso y su ahijado

Cuando los establecimientos madereros comenzaron a talar la exuberante selva del oriente salteño a gran escala a comienzos de 1930, emplearon gente acostumbrada a trabajar soportando la incomodidad del calor húmedo y demás inclemencias tropicales. Aquellos curtidos obreros abrieron picadas y ensancharon las sendas utilizadas por los animales sin más herramientas que pala, pico, machete y hacha para permitir el paso de los camiones que fletarían los troncos. En ése entonces abundaban árboles que superaban largamente los dos siglos de edad, ejemplares extraordinarios por su altura y diámetro; tantos años le llevó a la naturaleza hacerlos crecer, para verlos como se desplomaban en pocas horas bajo el insaciable filo de las hachas. Días aquellos como nunca antes, pues los gigantes comenzaron a ser abatidos en reventones estrepitosos y rodeados de un silencio de camposanto en el que sus ramas sacudían una alarmante agonía. Enseguida el aire se cargaba con gritos de vencedora algarabía de los hacheros que movilizados por su necesidad de trabajar, se alistaron en ejércitos irregulares, apostados en casuchas rudimentarias.

Entre esos curtidos hombres se destacaba un tal Decoroso Aniceto Orellana; uno de los primeros erigidos en caudillo, “y por mi propia voluntad”, según decía. Decoroso era hachero y capataz, cargo que ostentaba vociferando a los demás, pero, más que por cualquier cosa que lo distinguiese, era por pechador y corajudo. Había nacido un día cualquiera del último mes de 1903 en el ancho curso de agua que separaba la costa formoseña de la Rivera Porvenir Mistoral del lado paraguayo. Decoroso Aniceto Orellana hinchaba el buche al momento en que jactancioso decía tener doble nacionalidad, porque su madre lo había parido en el piso de una chalana

rotosa mientras cruzaba el Pilcomayo. Entonces, desde chico se había acostumbrado a presentarse como un indomable Argenguayo o un salvaje Paragüentino; según de qué lado daba el sol. Decía también que mientras su madre se retorció en esfuerzos por traerlo a la vida, el río hacía lo propio para pasarle su espíritu de bravura; porque aquella tarde, el Pilcomayo venía crecido de banda a banda hecho una oscura furia turbulenta.

Decoroso sabía ser un tipo rudo, aunque hablando en criollo, era un perfecto bruto además de cabeza dura, ya que si algo estaba en discusión, era fija que se le ponía en la sesera que tenía que ser como él decía y no había poder en la tierra ni en el agua ni en el aire que lo hiciese entrar en razón.

En días de descanso cuando los hacheros salían hasta algún pueblito cercano a comprar mercadería y vicios y gastar lo poco que les quedaba de la tarja para invitar a un amigo a tomar unos tragos, luego del apretón de manos y las preguntas de rigor, se formaban ruedas en la que a puro “obligo” consumían hectolitros de vino y cerveza, mientras amontonaban los envases al pie del que oportunamente servía su vaso con el último trago de la botella, mientras tanto, las horas transcurrían en encendidas charlas que reflejaban la amargura y el tedio de la monotonía. Encima del tapete quedaba al descubierto, la crudeza de las necesidades y altibajos de sus respectivas existencias.

En una de esas ocasiones, Decoroso retrocedió recordando el tiempo en que trabajaba en la Finca Las Maravillas, cuando debía transitarse un sendero que cortaba el verde descomunal de las Yungas; laberinto natural sin entrada ni salida fija, que atrapaba al caminante igual que una telaraña aferra al insecto. Pues si alguien había estado allí y por suerte sin incidentes para luego comentarlo, podía decirse que resultaba una exageración, pero muchos de los que pregonaron su avezado conocimiento terminaron extraviados, y

de no mediar la buena voluntad de sus compañeros que los echaron de menos y salieron a buscarlo, en dos días no hubiesen encontrado siquiera la osamenta. Otros, por desgracia no tuvieron tanta suerte. El peligro no pasaba por el acecho de algún tigre, porque “colmiyudos” había demasiados, y si encima de eso alguno andaba cebado, la cosa se ponía demás fiera; sino también por la siempre latente furia de las tropas de majanos empacados, la amenaza de las víboras, de los enormes balones de abejas africanas y hasta de las mismas hormigas, que en número de cientos de miles llevaban al nido todo lo que encontraban. Nadie salía de su cubil sin arma o sin machete, aunque fuese a rodear el campamento.

Decoroso Aniceto Orellana era solterón y había pasado gran parte de su existencia recorriendo los obrajes norteños. El resto de sus días, cuando escaseaba el conchabo por estos lados, cruzaba el Pilcomayo dedicándose a chalanear “de ayá pa’cá” lo que podía contrabandear y vender. Según decía que por tanto tener que andar de la seca a la meca no había dispuesto del tiempo necesario para buscar una mujer que le aguantara el traqueteo que acostumbraba proponerles. Su estado civil le permitía alabarse a boca suelta haciendo referencia a que si la suerte lo dejaba toparse con una pollera dispuesta, él no le daba descanso. Aunque sonaba más a refraneo que al resultado de su experiencia cuando decía que:

-Si la poyera es ajena, después que pasa Decoroso queda funcionando al pelete pa’l dueño; y cuando más la garroteo, mejor se la dejo-, pero por el tono, los gestos y la forma en que relataba, parecía que la cosa solo apuntaba a ensalzarse en galán conquistador y de pararse en el pedestal como el de mayor hombría que pisaba esos obrajes. Contaba las aventuras vividas en momentos en que oficiaba de contrabandista y cuando por las persistentes lluvias no se podía trabajar en la selva. Entonces, quién oportunamente lo escuchaba y hacía el detalle de sus viajes, podía contar que en

cada uno había tenido hasta cinco encuentros pasionales con distintas mujeres:

-Las de ayá no lo mezquina nada. Al contrario, siempre le dan el gusto al hombre que va con propuesta de amor; aunque sea por una ratito-

La cuestión era que Decoroso Aniceto Orellana comentaba en rondas de licor que al terminar cada ocasional y ardoroso enredo, con su cuchillo de monte se hacía un pequeño corte en el muslo. Con el tiempo le quedaron varias cicatrices paralelas, que mostraba alegando que de esa forma tenía presente a cada una de sus fugaces amantes. Según aparentaba preferir que el recuerdo de aquellas mujeres lo lastimase de esa manera antes de sentir que se le rompía el corazón, pues su filosofía luego de haber pasado unas temporadas viviendo del contrabando, era que con la abundancia de mujeres que había del otro lado convenía poner ganas en hacer felices a todas las que uno pudiese en vez de tener una sola y pasar la vida discutiendo y haciéndola infeliz. Al margen de sus conceptos amorosos, Decoroso comentaba entre otras, algunas peripecias sucedidas en los obrajes y relataba cosas que quizás nadie llegaba a imaginar como parte de la realidad. Tal el caso de la que contó cuando tuvo oportunidad de visitar a su compadre Rosendo, quién también era del oficio. Un chaqueño curtido que junto a su más curtida mujer y su hijito, ocupaban uno de los puestos de una finca cercana. Decoroso contó que un domingo de mucho calor en que la humedad hacía pegar la ropa al cuerpo, y aunque fatigado por la caminata, entró silbando un chamamé por la senda que desembocaba en el guardapatio de la casa. El llamado puesto era un ranchito de tablas con galería de chapas en el frente. Según contó que en la oportunidad llegó a lo de Rosendo cuando el sol caía a plomo y dejó el machete clavado de filo en un tronco y colgó el morralito que trajinaba. Rosendo lo había escuchado aproximarse por la senda alertado por el anuncio de la perrada y salió a toparlo. Se saludaron como siempre lo hacían y enseguida se dispusieron a matear a la

sombra de un curupay, mientras controlaban la media res de corzuela que se asaba despacio al calor de las brasas. La comadre, que había almorzado temprano, después de saludarlo se fue a dormir la siesta con el guagüita.

Rosendo y Decoroso armaron y encendieron un par de cigarros de tabaco negro en la monotonía de la charla mientras continuaban con el mate cebado. El dueño de casa se había quitado los destartalados botines que le había regalado su patrón y jugueteaba con un palito entre sus regordetes dedos:

-¡Tán que parece brasa. Demá juerte la calor pa'ponése lo botín compadre!-, comentó, y Decoroso respondió afirmando:

-Se'vamo a tené que ocultá bajo la tierra ché-, y agregó:

-¿Y cómo 'tan lo animalito suyo compagre?-,

-Y áhi'tan, vea. Chanchito se'me lo murieron todo, no'ha quedao ni'uno. El que viene pisando lindo y tupido es el gayo que me tráido un tristorista hace tiempo. Ahura se'me lo'han aumentao las gaína; 'tan gorda 'tan. Linda, sí. Pero vea compagre, que me lo dice usté de...-, en el preciso momento en que estaba a punto de comentarle que desde algunos días atrás las gallinas desaparecían de manera misteriosa, se cortó en el momento de escuchar unos gritos seguidos de un llanto de desesperado que provenían desde el lado del horno de barro. Con un impulso instintivo los compadres se miraron presagiando el peligro y en el mismo instante corrieron a la par como si les hubieran echado agua hervida. Rodearon el rancho y se dieron de pecho con el horrible cuadro, al que sin pensarlo tuvieron que hacer frente. Estaba a medio pasar el cerco por un agujero hecho después de mucha insistencia contra el ramaje. Decoroso se arrimó por detrás mientras envolvía en sus manos la piola que usaba a cuenta de cinturón y presuroso la pasó por debajo del animal. La ajustó en el tronco de la cabeza y se sentó en el lomo del animal para ajustarla con todas sus fuerzas; en tanto, Rosendo atinó a sacar el cuchillo verijero y se arrodilló aferrando a su hijito por debajo de los sobacos. Sosteniéndolo con firmeza y cuidando de no lastimarlo, con un

tajo milimétrico le abrió la boca a la lampalagua que ya lo había tragado hasta la cintura.

La mujer de Rosendo se despertó asustada con el alboroto y apareció presurosa y temblando como hoja sacudida por el viento. El hachero le alcanzó la criaturita de pasada en su carrera hasta el tocón donde descansaba su herramienta, y enseguida regresó donde Decoroso forcejeaba con el viborón. Apoyó el pie encima de la piola con que la asfixiaba su compadre y abanicando el hacha dio un solo golpe con el que la lampalagua se retorció desesperada por un par de minutos con la cabeza casi desprendida. Estaba un par de metros hacia adentro del cerco y otro tanto hacia afuera. Al quedarse inmóvil el animal, los compadres y la mujer se recuperaron del susto.

-¡Suerte que el güagüita yoró y que con el compagre le podimo dominá a semejante viborón..., ¿qué de'no?..., me quedo sin ahijao!-

La madre se había dormido profundamente mientras le daba la teta y no lo sintió salir del rancho, así pilita en culo y pito nomás. El ahijadito, casi casi no la cuenta.

Don Pantaleón el panteonero

En los años de 1920, Río Piedras era apenas un extenso caserío al que se llegaba siguiendo el camino que pasaba cerca de una corriente de agua. Como todo poblado que estaba surgiendo tenía el cementerio ubicado entre unas lomadas bajas a unos trescientos de metros de distancia y bordeado por una ancha franja de monte hacia un lado de la huella. Este terreno de estadía permanente no tenía alambrada ni cerca que demarcase su espacio. El que oficiaba de panteonero era un hombre llamado Pantaleón, viejo lugareño acostumbrado a estar haciendo algo en todo momento, pintando covachas, arreglando cruces o cavando una nueva fosa porque según decía:

-Hay que tené lista unita, por cualquier ventualidá-

De cortar la gramilla se encargaban los caballos que rondaban los alrededores, sector en que crecía con un color verde más intenso. El trazado que provenía del caserío y pasaba justo por donde se accedía quedaba a una distancia no mayor de un tiro de piedra y se unía con la huella que bajaba de la serranía para terminar en un llano amplio y limpio donde se alzaba la antigua pulpería. A un costado de la construcción había cuatro palenques en los que arribeños y abajeños ataban sus animales, que dejaban bien acomodados una al lado del otro esperando a que sus jinetes apagaran la sed. En horas nocturnas solían andar, de ida o vuelta, sombras agazapadas ansiosas por beber, movilizadas en jardinera, sulki, quizás montadas y hasta de a pié, cualquiera fuese el sentido de circulación, pero seguro buscando el final del recorrido.

Algunos parroquianos permanecían entre sus paredes casi hasta el amanecer, entonces, quienes transitaban en la mañana encontraban borrachos orillando el trayecto, en mayor número aún si el día que se iniciaba era domingo. En el lugar en que pernoctaban, aguardaban el regreso de los sentidos

resollando un penetrante tufo de alcohol. Aunque a veces sucedía que se ponían en vertical y hacían los aprontes para continuar la marcha. Cuando alguno lo lograba se perdía de vista en las calles del pueblo o tragados por la verde serranía, aún entumecido.

Un fin de semana aconteció que organizaron el baile de fin de cosecha en el galpón comunal, situado a las orillas del poblado. Y como todos los años sucedía, al incrementarse la concurrencia automáticamente aumentaba la proporción de borrachos que quedaban clavados en el suelo al igual que mojones y de acuerdo a como caían: de panza, bien estirados, acurrucados, estaqueados y hasta parando el culo ventilando el fermento.

El aire estaba muy seco aquella tarde, como enrarecido, dijeron los lugareños. A pesar de ello había buen clima y la fiesta se desarrolló con normalidad, aunque inevitablemente rodeada por una persistente polvareda a pesar que de a ratos algunos comedidos echaban unos jarros de agua. Previo a clarear el nuevo día y de que la orquesta interpretara el último tema, el cantante dirigió un mensaje de agradecimiento y los invitó a ir desalojando el predio. Muchos se marcharon a descansar, pero los que quedaron con el pico caliente rumbearon sin chistar para el cruce a seguir la chupandina. Dos muchachos arribados en la tarde anterior y nuevos asistentes al baile, mostraban un estado deplorable, y como pudieron caminaron abrazados buscando la pulpería. Marcharon a los tropezones y a los tirones, entre insultos y refunfuñadas, alternadas de a ratos con el tarareo de una canción de moda y mezclada con el sonido de una copla. A la lejanía no tan lejana los gallos comenzaban con la tarea de afinar sus clarines, y los muchachos desconociendo el recorrido pero apurados por llegar, acortaron la huella y enfilaron por un senderito que atravesaba el cementerio. A poco de andar sintieron que apenas por encima de sus cabezas pasó una lechuza en vuelo rasante y chillando como mejor le salía. El más supersticioso escupió y atinó a decir:

-¡Juera bicho!-, y tomando del brazo a su compañero, le indicó que parasen a recuperar el aliento. En constante balanceo y con los ojos entrecerrados intentaron averiguar en donde andaban, y uno estiró el brazo a todo su largo queriendo alumbrar los alrededores con la brasa del cigarrillo. Ahí se quedaron como clavados al suelo, hasta que por un destello de claridad distinguieron las cruces:

-¡Mierda!, ¿ta'viendo eso?-, balbuceó uno,

-¡¿Será un sepultura?-, se sorprendió el otro,

-¿Andi mierda mi'tráido?-, respondió entre queriendo arrancar y cuartear a su compañero, aunque enseguida de hacer un par de trancos el remolcado se paró en seco. La mala suerte y el balanceo hicieron que el poncho se le enganchase en una cruz, y el que lo precedía, apurado se tropezó en un morro de tierra y cayó de boca:

-¡Eh amigo, ¿p'ande va?!-, exclamó.

El otro, en cuatro patas y con la jeta llena de tierra tartamudeó:

-¡Me'stá asujetando l'ánima!-,

-¡Yo lo vuá salvá!-, dijo envalentonado el primero y tomó una de las puntas de la prenda para darle un fuerte tirón, con tanto éxito que la atorada se desenganchó de golpe y el pobre cayó de espaldas dentro de la fosa que había terminado de cavar don Pantaleón. Los muchachos, aferrados de las manos lo intentaron al mismo tiempo, uno queriendo salir y el otro queriendo sacarlo, pero quedó evidente que el de adentro se esmeró más y terminaron con el borde del pozo a la altura del pecho. Al verse dentro de la cavidad de prolijas paredes se desesperaron por trepar clavando las uñas y afirmándose cada uno en el hombro del que tenía al lado. Una vez que pudieron arrastrarse afuera, levantaron la mirada y vieron un farol verdoso moviéndose de derecha a izquierda y viceversa a un metro del suelo.

-¡El aire estaba demás seco!-, habían dicho los riopedrenses.

La fosforescencia de algún hueso enterrado a poca profundidad se manifestó en una luz redonda y de gran intensidad flotando y hamacándose con la suave brisa de la madrugada. Aún echados en el suelo no entendieron el fenómeno y quedaron tiosos y con los ojos desorbitados. Sus alaridos al unísono sacudieron la arboleda al momento en que don Pantaleón, como espanto que surge de la nada preguntó:

-¿Qué pasa con tanto grito?, así no van dejá descansar a naide!-

Cuando don Pantaleón el panteonero se encopaba no llegaba a dormir en su casa por temor a una reprimenda de su mujer, entonces aguardaba un poco de lucidez acomodando contra cualquier covacha; pero esa madrugada, ante tanto alboroto no pudo menos que levantarse a averiguar que pasaba. Los pobrecitos que se habían abrazado temblorosos y aún con los pelos de punta, padecieron un nuevo sobresalto en el transcurso de un minuto. Por el estado en que los encontró más la sorpresa que les causara su presencia, para poder regresar a su lugar de residencia debieron someterse a las artes de la curandera más renombrada del pueblo.

La anciana mujer que los atendió hubo de recetarles una infusión al día de una mezcla de yuyos para aliviarlos del “terrible susto”, y por única vez hizo que tomaran un brebaje de su invención, preparado a base de polvo de intestinos y lengua de gato y de sapo entreverado con un menjunje que contenía entre otros ingredientes, extracto molido de testículos de chancho del monte y una mezclanza de otros yuyos que ella misma recogía del monte. Todo el amasijo macerado a la intemperie en una noche de luna llena y pulverizado en un mortero previamente bendecido. La pócima les hizo efecto para que recuperasen el habla e impedirles que siguiesen con el culo flojo, porque de eso ya habían tenido bastante.

En horas de la tarde el suceso ya había tomado estado público, y fue tarea del delegado municipal en persona el ocuparse de colocar una alambrada rodeando el cementerio y unos carteles que indicaran su proximidad con la finalidad de evitar futuras indisposiciones y malos ratos. Muchos años después, algunos pobladores todavía comentan lo que oportunamente el mencionado funcionario expresó cuando concluyeron los trabajos:

-A partir de hoy, los que vengan de visita pueden quedarse igual de tranquilos como los que están adentro-

El andariego

El andariego al que menciono era un pintoresco personaje que se podía encontrar en cualquier camino, quizás andando para Quijano, tal vez yendo a Vaqueros, y ocasionalmente a Cerrillos; pero siempre andaba bien montado. Todos los días salía en su incansable corcel, de andar parejo y palangana, al que no le importaba si el camino que les tocaría desandar esa mañana sería asfaltado o ripioso, pues su paso era firme en cualquier terreno. En el transcurso de la mañana, de la tarde o de la noche, jinete y caballo se fundían en una sola sombra cabalgando su destino. Sombra castigada por el calor y las lluvias del verano o aguantando el frío del invierno; parecía que nada los haría detener. El orgulloso jinete circulaba siempre aculado y seguro en el lomo de su monta y clavando la mirada hacia adelante con una expresión que denunciaba sus mutuas intenciones de avasallar el horizonte.

Sorprendieron a quienes los encontraban cruzando un puente en alguna ruta y los demoraban hasta terminar de atravesarlo. Más de una vez los esquivaron, más de una vez se salvaron de milagro en alguna curva cerrada o parte estrecha del camino por los reflejos de las tachas del ensillado y los colores chillones de las cintas que adornaban los arneses del encabritado animal.

Recuerdo que, siendo niño, en oportunidad en que iba en auto con mi padre, pasó muy cerca y aproveché para saludarlo:

-¡Chau Caballo!-

El jinete, sin soltar las riendas y por encima de la cruz del caballo levantó una de las suyas.

Marchaba contento y de hecho conforme, pues el animal no le daba trabajo. Desde el instante cierto en que arrancaban, como inflexible que era, le hacía saber quién mandaba. Su casa quedaba contra una barranca sombreada por añosos sauces y ceibos a orillas del Río Arenales, donde nunca hubo quien los esperase. El Andariego se acostaba en su cama de cartones y trapos, acomodaba el caballo a su lado y cerraba los ojos para soñar con un nuevo amanecer mientras acariciaba sus crines. De mañana muy temprano el jinete se enfundaba en su viejo saco y se colocaba un ajado sombrero de paño, compañeros de años de una corbata negra yutita y de unas alpargatas desflecadas.

Después de revisarlo atentamente y de ajustar la ornamentada armadura se montaba bien erguido tomando las riendas a la altura del pecho. Ese era el momento que más deseaba en sus sueños, el que más disfrutaba sintiéndose conquistador de nuevos territorios. Entonces y como a diario acostumbraba, arrepollaba los labios y con el característico ruido de quién tira besos se daba ánimos para iniciar la marcha.

Lo llamaban Caballo i'palo.

El Cacique

El viento que comenzaba a soplar indefectiblemente en las primeras horas de la tarde y durante todos los días del año, había acumulado la arena que entonces taponaba la entrada. Por cientos de años de bufar, el orificio por el que se accedía a la cueva se había estrechado en forma progresiva dejando abierto un angosto conducto por el que la única forma de intentar entrar, era reptando. El hecho de encontrar el hueco natural significaba un despliegue de esfuerzo y maña que había resultado de una serie de deducciones y conclusiones basadas en datos sueltos de los comentarios mezquinos de dos habitantes del salar. Charlas sucedidas en distintas ocasiones con algunos meses de diferencia entre una y otra.

En el cordón serrano de los bordes del Salar del Hombre Muerto y hacia la margen izquierda del Río Aguas Calientes, luego de buscar por sus orillas durante varias semanas, encontré el lugar adecuado donde instalar los instrumentos con que una empresa minera medía el caudal de agua que ingresaba en forma cierta para controlar que el volumen de agua saturada no variaba si se extraía saturada en sales del corazón del espejo blanco. Tarea de medición que debía realizarse sin esquivar jornada alguna.

En el tramo que lo separaba del campamento, había un extenso faldeo medianamente apartado de la huella y sobre el que se alcanzaba a distinguir la profunda cicatriz de una quebrada perdiéndose entre las lomas.

Recién amanecía cuando viajaba de camino al río, y contra el perfil de unos murallones, alcancé a adivinar más que a ver, la silueta de un ranchito hacia la base del paredón grisáceo; pues a partir de media mañana era muy fuerte la refracción solar. Para despejar las dudas no quedaba más alternativa que entrar cortando a campo traviesa y a lo bruto, apechugando en el

repecho y rogando no quedarse bloqueado por la blandura del suelo. Me desvié del camino y sin complicaciones llegué guiado por una puntiaguda cumbre que se alzaba en otra cadena montañosa antes de que febo terminase de salir, debido a que la construcción pétrea con techo de torta se confundía con el paisaje. Superando una pronunciada cuesta llegué a un peladar coronado por una hermosa vega. Alrededor del recóndito oasis retozaba pastando una increíble cantidad de animales. Entré caminando hasta los enormes corrales construidos recostados contra un peñón, y alcancé a ver al pastor que se encorvaba para atravesar la pequeña portezuela de su también diminuto refugio. Vestía pantalones y chaleco del barracán que tejía con la lana de sus animales, según comentó luego, y se protegía del implacable sol debajo de un sombrero de paño de alas angostas, un colorido pañuelo de cuello y anteojos tan oscuros que hubiesen servido para evitar los destellos de una soldadora eléctrica.

Luego de presentarnos con Gerardino Canchalagua, ermitaño de nacimiento, me comentó que permanecía los tres meses de verano en la Vega Alta haciendo engordar sus animales. Y por otros detalles, me dejó en claro que era muy buen conocedor de los escasos lugares en que podía alimentarlos; ya que en meses de otoño e invierno y por la escasez de pastos, bajaba a instalarse al borde de la Veguita de La Junta; mientras señalaba el otro lado del salar donde se unificaban dos pequeños arroyos. En primavera marchaba con su arreo hasta la Vega del Río Trapiche y se quedaba cerca de la corriente de agua que provenía de las estribaciones del Volcán Galán. Con tanto traqueteo, Gerardino parecía tener una vida complicada, pero era la única que conocía y la única que sabía vivir. Nos sentamos en una pirca, y rodeados de la callada inmensidad conversamos fumando un par de cigarrillos. Le pregunté por la mentada cueva en mi intento por averiguar algún otro dato, y me respondió conocerla dibujando en el aire

algunas indicaciones sin demasiada precisión, y alegó que como hacía mucho que no andaba por allí, no recordaba bien la ubicación. En determinado momento de la charla, Gerardino Canchalagua se quitó los anteojos para limpiarlos en un intervalo de pocos segundos en que pude mirarlo fijamente; fue suficiente. Nunca antes había visto un par de ojos tan extraños, pues aparte del color marrón clarísimo y un iris casi inexistente me perturbó la ausencia de expresión; me vino a la mente el “Axolotl” del maestro Cortázar y el comentario que hiciera un geólogo durante un almuerzo, al relatar su encuentro con el “Ojos Marrones”.

Gerardino Canchalagua se veía bien a pesar de ser un hombre que habitaba un mundo lejos de todo y en completo aislamiento y desamparo, pero en cierto pasaje de la charla le pregunté cómo hacía para soportar tanta soledad. Ni siquiera pensó la respuesta y tampoco tartamudeó:

-Para vivir acá no necesito más que lo que tengo. Y no hay mujer más fiel y calientita que l’oveja, ahicito la tengo a mano y no me dice que no. Tampoco putea ni me reniega por nada-

Fue tan espontáneo, tan natural y directo que no dejó rendija por donde se hubiese podido filtrar cualquier hilacha de vacilación. Después continuó hablando de la costumbre que tenía de anticiparse al otoño y armar caravana con las mulas cargueras. Tropel con el que a mediados de marzo marchaba cargando unos enormes amarros de ropa y abrigo, una mesa, una silla y demás enseres que trajinaba de puesto en puesto.

El Ojos Marrones o Gerardino Canchalagua era el clásico pastor nómada de la Puna que se regodeaba mientras afirmaba que su tropa tenía trescientas treinta y ocho llamas y cuatrocientas veintisiete ovejas con sus respectivas crías, contadas y marcadas por mano propia y de a una por una. A las llamas y ovejas madrinas que encabezaban y lideraban los grupos las reconocía fácilmente por tenerlas identificadas con

borlas, trenzas y adornos tejidos en hilos de distintos colores. Además, bautizaba a las madrinas y conservaba en su mente el nombre de cada una, la fecha de nacimiento, el tiempo en que le tocaba cruzarse y con cuál de los machos reservados. Al igual que cuántas pariciones llevaban y el número de crías nacidas vivas en cada oportunidad. Escuché su desmenuzado comentario solo por educación y apabullado de tantos pormenores inverosímiles; y como la cuestión pasaba por si podía aportarme algo más de la cueva, con el pretexto de tener que regresar temprano lo salud y volví por la recién marcada huella.

Entre una semana de trabajo y otra de descanso fui haciendo algunos intentos ocasionales con quién me acompañaba en ese turno para tratar de localizar el socavón. Trepábamos las quebraditas de algún sector y revisábamos peñas y hendiduras, resoplando como fuelle viejo por andar por encima de los cuatro mil quinientos metros. Una tarde en que me acompañaba el petiso Villafañe, a punto de recular encontramos el accidente horadado en el corte de un elevado promontorio. Del orificio original de entrada quedaba libre un angosto arco superior, abertura suficiente que permitía pensar en hacer un tanteo ya que el resto del pasillo hacia el interior estaba obstruido. Ni se me ocurrió pensar en quitarla, solo retiramos un poco de la que se acumulaba contra la pirca seca del borde, y entre el sedimento hallamos restos de fibra vegetal trenzada y algunos trozos de alfarería. Luego me arrastré hacia el interior moviéndome con bastante dificultad y limitaciones. Después de seis o siete metros desemboqué en un espacio de forma casi circular y con el techo de una altura que permitía caminar. Sobre una pared encontré unas piedras renegridas y quemadas que delimitaban el fogón, y hacia el frente, a unos ocho pasos de distancia, encontré algunas gruesas astillas de madera dura y trozos de cuero. En la base de la curva donde comenzaba la cúpula del techo, resaltaba una pictografía que

parecía representar una ceremonia en la que tomaban parte varias personas. El color de fondo de la escena era la roca natural y las figuras y algunos detalles se habían pintado en blanco, amarillo y rojo tinto; el resto del boceto en color negro. La figura principal estaba representada de pie y con la cabeza coronada por un ornamento de plumas en abanico, con el torso cubierto por una manta y los brazos extendidos, sosteniendo en sus manos un pequeño recipiente. Al lado del shamán había cuatro figuras con brazos y piernas en movimiento y en aparente baile ritual rodeando a un extraño ser que se destacaba del conjunto. El personaje era de mayor altura y corpulencia y su fiera imagen de características animalescas, tampoco concluía en ser humano. En su rostro de simio se habían señalado algunos rasgos diabólicos, por el consumo de bebidas y alucinógenos mientras plasmaron el suceso. Alcancé a tomar fotografías y nos fuimos del lugar creyendo que allí concluiría el tema de la Cueva del Cacique.

El reflote del asunto sucedió en el transcurso de un viaje a la apartada escuela albergue de Incahuasi llevando algunas cajas de mercadería para los alumnos. El día señalado, Florencio “el Chucha” Casimiro visitaba a sus tres hijos, debido a la enorme distancia que había desde su casa, de manera que los niños permanecían en la escuela cuatro meses dos veces al año. En su juventud, el Chucha Casimiro había sido guía y mozo de mano de un minero alemán que gastó sus últimos años inspeccionando los alrededores de los volcanes, convencido de que encontraría diamantes. Por espacio de cuatro años el Chucha y el alemán removieron toneladas de sedimentos alrededor del Antofalla, Ratones, Galán, Calalaste, Mojones, Incahuasi y Cerro Blanco; y a golpes de piqueta, y a fuerza de pico y pala, recolectaron cristales de granate, aguamarina, lapizlázuli y otras piedras semipreciosas. Aunque la tozudez del alemán, casi al finalizar la campaña, se transformó en un chispazo de lucidez y utilizaron un tamiz de trama fina. Entonces aparecieron los tan buscados diamantes,

aunque demasiados pequeños como para despertar el interés de los operadores del mercado.

Con los datos que me aportara el Chucha terminé de armar el rompecabezas, y la certeza de sus palabras volvió a encender la mecha de la intriga. En realidad, no era la cueva, sino, las cuevas. Pocos días más tarde y sin ladero me dirigí al promontorio rocoso donde se encontraba la que ya había visto, frente al nacimiento de la quebrada por la que ascendimos anteriormente. Siguiendo las indicaciones y luego de hacer un amplio rodeo a partir de la pirca seca, continué bordeando el promontorio por otros cuatrocientos metros y algunos más de altura y haciendo equilibrio por una senda que parecía dibujada. Por capricho de natura, una pared lateral combada semejante a la de un hornero, disimulaba la boca. Había que estar muy próximo para descubrirla. Al estar más expuesta al viento la arena estrechaba aún más el corredor, a tal punto que al recorrerlo me invadió una mezcla de ansiedad, emoción, asfixia y desesperación. Si para ingresar a la primera necesité reptar, en ésta además de culebrear tuve que restregar la barba en la arena y en el techo del conducto. De todas formas, valió la angustia de superar aquellas sensaciones, porque después de atravesar el pasillo, que resultó de menor longitud, la cueva se abría también de forma circular y con el techo ganando altura. La iluminación natural era más escasa que en la anterior, pero alcancé a distinguir un bulto que reposaba sobre una enorme piedra plana. Al acercarme supe que las entrañas del cerro eran la tumba del Cacique. El cuerpo estaba contenido en un envoltorio, a excepción de la cara reseca y resquebrajada pero intacta y cubierta de pintura bermellón. Un grueso embalaje protector había sido formado con manojos de paja y cueros de vicuña, y a la vez, todo el paquete ceñido con anchos tientos de cuero. En ese momento asumí el privilegio de observar el paquete funerario y el interior del sepulcro de quien fuera un señor tribal, quizás el último soberano que regenteó la región antes de la llegada de los invasores.

Sobre su pecho yacía un mazo de madera en forma de martillo, símbolo de poder que seguramente habrá ostentado durante su jefatura. El cabo del cetro estaba recubierto por símbolos grabados y ajustados al espacio entre un par de espesos cinchones de oro. Contra la pared y encima de una piedra laja se habían colocado un vaso, un plato y una cuchara del mismo metal; y a los pies de la envoltura dos mantas prolijamente dobladas, una tejida en lana de vicuña color crudo y delicada trama, la otra de lana de llama en coloridos motivos. Completaban el ajuar otros artefactos y objetos personales: un arco de madera y un atado de flechas adornadas con pintura y plumas casi deshechas, algunos pucos de cerámica de distinto tamaño y aún con restos de vegetales, y varios vasos que debieron contener agua y otras bebidas.

Por lo incómodo, estrecho y complicado que me resultó ingresar a la primera, en ésta última ocasión tampoco llevé elementos de apoyo, como cortaplumas o linterna; y temiendo que se dañase, no ingresé la cámara de fotos. Por suerte, al día de hoy no existe registro de la Cueva del Cacique, y en bien de su reposo eterno, espero haber sido el último.

El diablo

Aprovechando un fin de semana largo viajé al campo en compañía de Felipe Aybar, un cristiano amigo orillero de mi pueblo más conocido por su apodo: "Monseñor".

Entramos por la huella que lleva a la Mina de Unchimé con la intención de ver lo que quedaba de sus instalaciones entre el avance del monte y la rapiña de los saqueadores, luego de que quedaran abandonadas hace más de treinta años. En relación a mi ocasional copiloto, quien oportunamente no lo trató en persona y en detalle, seguro habrá de llevarse una imagen equivocada, pues el Monseñor o Felipe Aybar siempre fue un tipo que por boca propia garantizaba tener conocimientos casi universales acerca de los más variados temas que alguien pudiese plantear en discusión. Leguleyo en extremo, solía entrometerse a participar de cualquier conversación que le quedaba a mano, o mejor dicho a la oreja; y según decía, no existía asunto alguno que desconociera como para dejar de emitir opinión. Tampoco había quién pudiese superarlo cuando llegaba la hora de demostrar habilidades, porque si alguien hacía el comentario de haber cazado un chanco del monte de veinte kilos, Felipe afirmaba de manera contundente:

-El mío pesaba treinta-

Si un pescador tenía la suerte de sacar un bagre de dos jemes de largo, él retrucaba que su récord había alcanzado a medir un poco más de tres. O un gaucho hablaba de su caballo y remarcaba que era ligero como el viento, Felipe Aybar se apresuraba a taparle la boca diciendo que había tenido uno que corría tan rápido que daba la sensación de estar viendo un refucilo.

Dejamos atrás los deshechos de las instalaciones de la mina y continuamos la marcha hacia el Cerrito Calaveras, donde en la primera de las noches nos sentamos en rueda con gauchos de los alrededores a compartir la fogata y unas botellas de vino que desfilaron de ida y vuelta. Por lo general, cuando los campesinos echan un par de tragos al buche entran en confianza y comienzan a contar historias cotidianas, unas propias y otras repetidas por terceros. Como regla implícita, en estas ocasionales reuniones sucede que quién toma la palabra imprime suspenso o arrojo a su versión intentando superar al que lo antecedió; y ésta no fue la excepción. Enseguida de calmar la sed, un gaucho de sombrero retobado comenzó a contar que una de tantas veces en su regreso de la finca del Parque de la Estancia El Rey:

-He'sufrío la persecuta di'un espanto. Viera usted lo que sabe'sé, ¿cómo no lo'va temé a esas cosa?, si son demá Julero vea!-,

Y en la cuestión se prendió Felipe Aybar opinando su punto de vista:

-Y si..., si mi amigo!, no es pa'meno, no vaya a créé, ¡pero pa'más, tampoco!-, dijo haciendo sus acotaciones y dejando descolocado al paisano, que demostró no estar dispuesto a permitir interrupciones y continuó sin demoras:

-Es fiero de'ma pué, ¡di'noche y sin compañía! Me lo'ha salío dende atrá y con ruido e'guardamonte arañao. ¡Que'pué, trecho largo me ha'seguío y mi'hecho pasá momento demá tortuoso, vea'usté!-, vociferaba acompañándose con grotescos ademanes. Pero, como si lo hubiesen apagado terminó de hablar y quedó en silencio y con la mirada perdida, después levantó las cejas a la vez que deformaba la boca en gesto de admiración. Apuñó la botella, le dio un trago y enseguida movió la cabeza señalando que aprobaba su coraje. La pausa permitió un hueco para cualquier comentario. A un lado del muchachón, Felipe Aybar o El Monseñor estaba sentado en el mismo tronco donde reposaba un señor mayor con el rostro delineado por una descuidada barba cana, que con aire

indiferente alternaba en sus manos la tenencia de una larga varilla picoteando las brasas. Por el orden en que se venían acomodando espontáneamente los oradores tuve la sospecha de que el siguiente sería mi ocasional copiloto, aunque al principio dudé, porque a esa hora había consumido más vino que cualquiera; es decir que ya tenía un monseñor pedo, pero aun así se las arregló para enderezarse y arrancar con su discurso. Mientras lo hacía, el Monseñor se inclinaba hacia aquél señor mayor como hablándole al oído, quizás pensando en impresionarlo con su relato:

-Una noche, pa'l día las alma, se'bia hecho óscuro y cerráo, y me'bia perdío n'el monte. ¡Sí señor!, así como usté me vé 'taba justo n'un cruce i'güeyas; no tenía como alumbri y no sábia p'ande í. 'Taba n'el chaco y no conócía nada; ni festigio e'gente había. Áhi nomá, mi sentáo bajo un árbol y mi quedao dormiendo. Al rato nomá mi'ha despertao una voz juerte, áhi cerquita de mí:

-Güena noche amigo, que'lo andaré sucediendo?-, me prieguntáo el coso, en'demientra me téndia la mano,

-Güena noche, don comué-, li'contestáo sin habé abierto los ojo y estirandolé la mía pa'chocaselá,

-¿Qué lo pasa que se me lo'ha dormío n'el suelo?-, güelto a preguntá con projundidá. Era un coso bien trajeao y en'de corbata, que decía sé de por'áhi, y me ofreció sacáme d'enseguida. Récient lo'i distinguío bien y mi'dáo cuenta que briyaba solo, así medio en colorao,

-Yo lo puedo ayudá a encontrá el camino que usté quiere seguilo por esta soledade lejana-, me ofreció,

-No gracia, dejeló nomá-, li'dicho casi enojao,

-No es molesta cabayero, vengasé conmigo-, meta insistimeló, y li' dicho:

-No gracia, yo me vuá quedá acá y vu'esperá que si'haga de mañana-, li'contestáo y mi'negáo a acompaño. Áhi mi quedáo empacao y enalertao. Entonce el coso ha empezáo a caminá yendosé, pero no ha de habé andáo veinte metro y

se'ha efumáo; se'ha dehapareció. Al amanecé recién hi visto las güeya. Eran unas pata i'gayo así de grande cad'una. ¡Qué me dice usté ahura, ¿haaaa?!. ¡Bia'sío el diablo difrasao que me quería yevá pa'la salamanca!-

Felipe o El Monseñor, cuando se emborrachaba podía llegar a sonar poco convincente, pero esa noche nos dejó sorprendidos y con la piel de gallina. Y aunque cargoso con su actitud, no consiguió sacarle ni una sola expresión al rostro de don Saturnino Santos. Ese era el hombre que hasta entonces había permanecido pensativo, un antiquísimo poblador de la serranía; que como buen zorro viejo ya les tenía calculado el punto de veracidad. Saturnino Santos se paró con lentitud y estiró las piernas mientras que alargaba el brazo para asir la botella, puso un pie en el tronco y se acodó en su rodilla en tanto las miradas se iban centrando en su estampa; parecía un cura encaramado al púlpito a punto de dirigirse a la feligresía. Don Saturnino le dio un beso largo, y cuando terminó de paladear el vino sus palabras sonaron a reto:

-¡Felipe Aybar dicho se yama usté?, y l'otrito tamién. ¿Qué's lo qui'han contáo?, si como yo..., naide lo'ha tenío tan cerca, ahicito al Sataná! E' jieeeero el mierda y jedioooondo también. Lo tira juego con l'olor de l'azufri y le mira con uno ojos color di'la brasa que pareci lo'stán quemaaando en'demientra lo mira'uno. E'má grandote que cualesquiera cristiano y tiene unas mano ansinota, con un'uña que parecin garra i'cóndore; andi lo toca ya lo ha partío a usté. ¿Y la cola?, ¡haaaaa!, ni se lo'magina, lo latíguia como si juera c'un látigo; lo azotia sin piedá y capá e'riventáaale las caniya de tan poderosa qui'é. Y se'riye c'una risotada qui'hace ponéee los pelo i'punta en'demientra ostenta unos colmiyo má grande qui majano viejo, y le chóoorrian las baba por la quijadota barbuda. No tieni los piese di'humano, sino pesuñota y pata i'carnero, y sabi'andá como bailandoléee'ngüelta di'uno, moviendo un cornamenta

di'güelta y media, que no la'i visto a dengún animal-, hizo una pausa que duró lo que dos tragos largos y continuó:

-Un di'noche vénia cabalgando solo, arriando l'hacienda qui'andaba hech'un respádamo pa'lao la finca La Cueva. Ya'stába güelviendo y se me lo'hecho tarde y cerráo. Cuando i'mirao pal'alto, 'taba meta rejucilo y trueno y córria mucho viento, 'tonce mi'empresentao n'una casa vieja que'stá pa'l otro lao el Cerro Bayo. N'esa casa no vive naide hace tantísimo tiempo. Me'bian dicho que sábian asustá po'que sábia sé di'un bruja qui'un día l'han hayao muerta, retóoorcida entera, c'un gato en la boca y un lechuza en cada mano.

S'ocasión que lo digo era noche di'ánima, pero la tormenta ya'stába ahicito y me vénia pechoniando, ansí que mi'apeao bajo di'una tala grande que da pa'l frente. Li'atao mi cabayo y li'sacao l'apero pa'hechále dibajo un techito que queda áhi entuabía. Endijpué i'juntao unos palito seco pa'podé priendélo juego. Ya me'bia repantigao a l'oriya pa'calentáme, cuando 'taba largandosé l'agua. En'derpronto lo i'visto reculá al cabayo tironiádo el tiento, y al segunda vé lo'ha cortao y ha'salío juyendo pa'l monte. Cuando mi parao pa'reacioná, dende atrá di'un matorral se me lo'apareció el mismo diablo. Áhi mi quedao duro, impresionao por l'aparicionamiento. Me miraba y se réia y se relamíba con su lengua i'víbora. 'Tonce mi persinao y li'evocao a Diosito y la Virgen, en'demientra se me lo acercaba despacito. Yo i'sacao el puñal con cruz i'plata y me lo i'puesto n'el pecho ¡meeesmo que crucefijo!, jáhi si'puesto serio el mierda!. 'Tonce mi'ha dao n'atropeyada y mi'ha tiráo un brazada pa'ventiáme con la capa, y mi'ha vóltiao culo p'antarca c'una latiguiada n'el garrón. Antesito que me pueda paráme ya me'bia claváo la garra n'el hombro y mi'empezao a tironiá pa'yevame pa'l monte. Tantísimo dolor como nunca en'ante. 'Tonce en la tironiada, como si mi'habiera iluminao Diosito li'atravesáo di'un puñalada el brazo. Empezao ha humiá y chispiá, y se lo'piyao con l'otra mano y ha salío juyendo p'al monte, ¡meeesmo que perro azotiao con su cola entre las pata!-

Aquél exclusivo auditorio dispuesto alrededor del fuego, permaneció inmóvil y en absoluto silencio durante un buen rato luego de escuchar el inusual episodio. Don Saturnino Santos había concluido su narración y con aura de satisfacción empujó la botella para beberse el resto. Después, a la luz de las llamas se abrió la camisa y descubrió su hombro izquierdo, dejando ver una horrible cicatriz que, entre desgarros y quemaduras, se lo cubrían completamente.

El primero fue Segundo

El comisario del destacamento policial de La Estrella tuvo que trasladarse de apuro hasta el paraje Pozo del Pato con una dotación de cinco agentes a ocuparse del lamentable asesinato de una pareja de vecinos muy conocidos en la zona. Luego de que los uniformados permanecieran en el caserío por espacio de dos días llevando adelante algunas investigaciones, mediando la mañana del tercero, el comisario anunció que afortunadamente tenía el caso resuelto. El sitio del sangriento incidente ocurrido en el transcurso de una noche calurosa, había sido el interior del surtido almacén que abastecía a los habitantes de la región. La costumbre de don Enrique Cabezas al marcharse el último de los parroquianos, era recorrer la casa cerrando y atrancando puertas y ventanas, pero de alguna forma y quizás mediante engaños alguien había entrado para despenarlo junto a doña Juana, su compañera de toda la vida. Era un boliche que desde muy temprano atendía la nutrida clientela que variaba entre lugareños y peregrinos que vivían o andaban de paso en el Pilcomayo. Don Enrique y su mujer hacían trueque de azúcar, yerba, ginebra y tabaco, harina y arroz por plumas de avestruz y cueros de animales; dado que muchos no podían pagar en efectivo. Como única proveeduría estable, la casa de los Cabezas funcionaba además como posta de viajeros y pulpería, aunque todavía no disponían de espacio para hospedar a los viajeros.

Queriendo despuntar el alba en la madrugada del hecho, un paisano de las inmediaciones llegó a dejar un par de atados con cueros de zorro por cuenta de retiro de mercadería. El campesino golpeó la puerta en un par de ocasiones, pero no tuvo respuesta alguna, ni los perros ladraron. Extrañado del silencio esperó un rato antes de decidirse a entrar por la galería

del fondo y tocar las manos mientras llamaba:

-¡Güen día doña Juana, güen día don Enrequi!-

Fue el momento en que arribó un grupo de paisanos y el hombre se les aproximó alarmado a comentarles que parecía no haber nadie, aunque raro resultaba porque ni los perros habían ochado. Los recién llegados desmontaron y cruzaron por la galería hasta la puerta apenas abierta. Volvieron a tocar y a llamarlos por sus nombres, pero los apabulló el silencio. Sin que terminase de clarear y con el interior aún oscuro, uno de los muchachos encendió el farol a kerosene y entornaron la hoja. El haz de luz que se filtró iluminó los cuerpos tirados en el suelo y cubiertos de sangre; no se atrevieron a entrar. Casi a media mañana regresó con su animal a todo galope, el que había ido al destacamento a dar aviso del macabro hallazgo. El comisario con una escolta de cinco milicos llegó en menos de una hora y se abrió paso entre los vecinos y curiosos que se agolpaban. Haciéndose ver, con un saludo de apuro entró a recorrer la casa y luego inició el interrogatorio, mientras un par de agentes y algunos comedidos retiraban los cuerpos. Más que el desorden en el almacén llamaba la atención el revoltijo que habían dejado en el dormitorio en su búsqueda empeñosa.

En la habitación de una estancia que distaba un cuarto de legua de la mencionada posta, improvisaron la oficina del comisario, donde con sus modos limitados y sin método alguno, comenzó a entrevistar a quienes encontraron los cadáveres y luego continuó con los demás presentes, tratando de saber si habían visto algo raro en los días previos. Después, algunos lugareños de Pozo del Pato se encargaron de hacer circular el comentario de que el señor comisario y sus agentes eran por demás empeñosos en su trabajo y que entonces volverían a dormir tranquilos gracias a su agudeza y poder de deducción en aclarar el hecho. Brillaban los primeros resplandores de sol y el comisario ordenó al sargento y dos agentes que se ocupasen de buscar huellas y rastros por los alrededores. Los

milicos fueron de mala gana cuando el calor ya se hacía sentir, así que solo desmontaron un par de veces para verificar y discutir algún indicio y volverse rapidito. En la cerrazón de la noche, la numerosa caravana de investigadores se orientó a las cercanías de la turbia correntada y rodearon una miserable choza de rama y barro donde vivía el mataco Marcelino. A la mañana siguiente, el veredicto del comisario sonó tajante:

-¡Señore, no hay más qui'hacé ni'decí. L'asesino de los finao es l'indio Marcelino y el caso 'tá cerráo¡-, dijo dando un puñetazo en la tapa de la mesa que hacía de escritorio. Marcelino era uno de los tantos de su etnia que vivía en la espesura del monte y solo iba al almacén en contadas ocasiones, por lo que no entendió cuando lo detuvieron. De pronto estaba acusado de ser el autor del homicidio y posterior robo, que eran la causa del revuelo. Mientras terminasen de aclarar su situación y como principal sospechoso, seguía atado y engrillado en el rincón de un oscuro cuartucho, luego de que un par de milicos brutos le diera una soba a rebencazos y patadas para que confesara la autoría.

Segundo Sarapura era un gaucho de mediana edad, criado entre vacas y caballos, y andando por cerros y cañadas de La Trampa, Palomitas y la cerrazón del Moruno en el Valle de Siancas. Además de renombre en el mañoso y rebuscado oficio de rastreador, Sarapura había llegado trabajando como peón de un arreo que descansaba en las cercanías. Se había arrimado a comprar avíos en la posta y se enteró de lo sucedido. Conmovido por el triste e inusual suceso, fue uno de los que ayudaron a retirar los cuerpos. Queriendo saber si podía colaborar en alguna otra cosa se aproximó a la precaria oficina y entre empujones y codazos pasó por entre el gentío. Al detenerse bajo el dintel, se quitó el sombrero y se presentó:

-Güenas tarde don comesario, permiso-

El funcionario, que se encontraba sentado y de espaldas, al escucharlo giró lo necesario para mirarlo de

costado y responderle con su acostumbrada mala forma:

-Güenas serán pa'vó-, y con peores modales, -¿quién decí que só que no te'andoy conociendo?-

El forastero se enderezó inflando el pecho:

-Soy Segundo Sarapura de los pagos del Siancas don comisario. 'Tamo de pasada nomá, pero'stoy pa'servíle señor. 'Toy conchabao de arriero pero más mejor soy rastrando-

Sin moverse de su asiento, la autoridad volvió a mirarlo de arriba a abajo y también al revés y en tono socarrón preguntó:

-¡Ahá!, y..., decímelo un cosa Sarpura. ¿Se puede sabé quién te ha yamá?-

Un tanto incómodo por la sinceridad de la pregunta y alguna que otra risa aguantada que sonó detrás, Segundo Sarapura respondió:

-Disculpémé don comesario, pero quiero sabé si es que lo puedo ayudá pa'encontrálo al que ta'buscando-

-¿Y en qué querí ayudá?, si es por l'asesinato d'Enrequi y su mujer, ya lo'mos atrapao l'asesino y es al puro cuete si querís pechá..., ¿comu dicho que te yamá?... ¿Sarpura?- observó poniéndose de pie. Sarapura ya había desplegado sus conocimientos en una rápida caminata a escondidas antes de ir a verlo, y como algo no encajaba en el cuadro, insistió:

-Disculpe don comesario que otra vé lo pida, per'oiga, dejemé vé ande lo'han dao muerte a don Enrequi y doña Juana. Endispué veremo al detenío-

El funcionario no ocultó la molestia urticante provocada por la testarudez del inoportuno desconocido que había caído como una piedra y comenzó a caminar para el lado de la puerta con los brazos en jarra y los pulgares enganchados al cinturón. Segundo Sarapura lo vio venir y retrocedió un paso luego de empujar como pudo a los que estaban detrás. Entonces lo escuchó:

-¡Pero na'vé Sarpura, ¿vó'no tení que má'mierda hacé que metéte ande no t'importa?, ¿ni ande no te'han yamao?. Vó Sarpura va'sé el primero en salí rajando!-

-¡Yo nada más quiero ayudá. Pa'que sepa, yo también le conocía a don Enrequi y a doña Juana!-, respondió frenando su prepotencia. El comisario advirtió que con jetoneadas y pechoneadas no resultaría sencillo persuadir al criollo que permanecía firme y convencido de lo que decía. En presencia de tantos allegados y lugareños accedió, aunque le advirtió:

-Mirá Sarpura, lo que'tas pidiendo 'tá bien. Andá pa've. Andáte ahura c'uno de lo agente. No, na've sargento, vayasé con Sarpura pa've lo que quiere vé; y guay que toqué lo que no sea e'tu cumbencia Sarpura, ¿támo?-

El rastreador asintió y salió caminando detrás del milico que rengueaba a causa de la herida que le abriera un tiro de escopeta en la rodilla unos años atrás y cuando con el grado de cabo participó de una trifulca contra una banda de cuatreritos que andaba haciendo desmanes en las fincas de La Estrella. Los milicos rasos, a escondidas se referían al sargento llamándolo "el indeciso", porque decían que no sabía si quedarse abajo o arriba.

Una vez en la posta entraron a la habitación en la que todavía se alcanzaba a ver un par de enormes manchones rojizos sobre el suelo apisonado; después pasaron al cuarto de la cocina, de allí a otro contiguo donde se guardaba mercadería, y por último al dormitorio. Recorrieron el almacén y pulpería. Segundo Sarapura permaneció ensimismado y callado todo el tiempo; deteniéndose largo rato y reclinándose a escudriñar el suelo en contadas ocasiones: el lugar donde degollaron a los perros y donde dejaron tendidos a sus amos. Al rengu entrometido, custodio e inquisidor le respondió varias veces con un desganado "ajá" y sin detalles ni datos. Una hora más tarde Segundo Sarapura entró al cubículo en que el acusado se retorció de dolor, aun sangrando y atado como un matambre. Lo ayudó a sentarse en un banquito, sacó papel y tabaco, armó un par de cigarros, raspó el yesquero y encendió

el que le colocó entre los labios; después de encender el suyo le hizo un par de preguntas y pidió al sargento que le desatase las manos. A Marcelino le dijo que extendiera sus brazos e hiciera un movimiento en forma de medialuna. Antes de que el milico volviese a maniatarlo, Sarapura le ofreció un trago de ginebra y saliendo de la celda le arrojó la guayaca de coca para ver como la atajaba. Entonces achicó los ojos, se ajustó el pañuelo y el sombrero, montó su caballo y salió rumbo al rancherío donde vivía el mataco. Pensando en las muchas cosas que tenía para aclarar en tan poco tiempo, al atardecer regresaron a la improvisada dependencia. El rastreador se aproximó a la autoridad y con la seguridad del hombre que sabe, apuntó:

-¡Don comesario, disculpemé que lo'diga pero tiene detenío un sujeto equivocao!-

-¡¿Qué mierd'é lo'que 'tas diciendo Sarpura?, ¡aclaremélo carajo ante que ti'aplique las jineta y ti'saque rajando o ti'haga engriyá!-, Sarapura no espero una nueva invitación al ruedo:

-¡Ya'nomá hai'sé que se'lo vua'clará comesario. Yo i'stao con los finadito, i'andao 'vestigando y li caminao la casa 'e los dijunto y tuito en'derredor. Tamién el rancherío ande vive el Marcelino. Y no ha sío el que usté lo'stá carculando!-

-¡¿Cómo?, 'tás diciendomé que nu'á sío el Marcelino?!-

Segundo Sarapura, con parsimonia de gaucho cerrero y llanero comenzó a explicar el porqué de sus afirmaciones en su intento por salvar a Marcelino de la complicada situación en que lo habían enredado:

-Primer qui'nada, no lo conozco indio qui'ande montao di'a cabayo. Y n'el montecito ese qui'da pa'la posta como d'entrando de lao el río, pero en medio l'espesura, hay güeyas di'hace tres día. Eran de cuatro animales y de dos tipo calzando bota. Eran dos alazán, un tobiano amarronao y un cenizo, animale crioyo y con herradura. A los perro lo'ha matao dentro la casa alguno que le'ra conocío. L'otra cosa es que de l'almacén se han yeváo mercadría y bebida, y en del Marcelino

no hay nada d'eso. Los indio cuando tienen pa'comé y pa'chupá no l'escuenden ni l'importa nada, se lo comen y se lo chupan todo áhi nomá. Asegún dice la paisanada que'l Marcelino no trajina cuchiyó, y a los finao lo'han muerto con'uno di'hoja grande. El que ha dijuntiao a don Enrequi y doña Juanita tamién es más pesao, de más altor y más gordo. Endispué, tamién lo qui'han dentrao se'han yevao la plata en alforja, y uno s'ido montao como pa' l'Estreya, l'otro ya ha sacao ventaja y 'ta juyendo rumbiando pa'l norte yevandose l'otro animale-

-¡Na'vé Sarpura, 'tás hablando mucho y 'toy entendiendo poco que decí!-

-Don comesario, por lo qui'visto, el mataco no ha querío tomá giniebra cuando se li'ofreció. Tampoco hábia mercadría ni plata n'el rancho d'él. Las güeya pa'dentro la casa de don Enrequi son de bota y el Marcelino anda con ambargata vieja con la planta casi por la mitár-

Poniendo su mejor cara de sorpresa, el comisario exclamó:

-¡Pero no ha'i sé que me haiga equivocáo tan julero, carajo!-

-Pare que si don comesario. Y lo digo que'l tipo ha sacao los carguero del monte ya en'de madrugada. El que ha dijuntiao la pobre gente tiene como dos metro di alto y empuña zurdo, el Marcelino es derecho, pa'que usted sepa-

El comisario, sin otros argumentos a mano con que cuestionar las conclusiones del rastreador, tampoco pudo persuadir a los que hablaban de organizar una partida encabezada por Sarapura para darle alcance al asesino; y tuvo que sumarse con los agentes a los dieciocho enlistados que saldrían del caserío bien temprano.

Después de unas cuantas leguas, Segundo retuvo a su caballo haciéndolo marchar al paso para mirar el suelo buscando alguna señal. Cuando encontraba algo lo anunciaba en voz alta, aunque la verdad era que nadie veía lo que él:

-Aquí si'ha parao pa' dormí sin hacé juego-,

Tres leguas más adelante, siendo casi de noche y siguiendo las pisadas del que huía, llegaron a un enorme bañado. Las marcas de botas y herraduras se perdían en el agua. Anticipándose a cualquier comentario, el comisario vaticinó:

-Güeno, ha'i sé que me paréce o se'stá por terminá la persecuta-

Sarapura, sin prestarle una pizca de atención al rebuzno del uniformado, le dijo al resto que había que desensillar y pasar la noche. El rastreador se quedó hasta tarde rumiando sus conjeturas, y las primeras luces de la mañana lo encontraron caminando dentro del bañado observando los alrededores. Se internó hasta un macizo pajonal, luego hacia un islote de totoras al que miró una y otra vez y continuó caminando con el agua en la cintura. Se acercó despacio a la orilla hasta pisar terreno firme, caminó casi acucillado hacia uno y otro lado, permaneció quieto unos segundos y dijo:

-N'esta costa ha salío y s'ido pa'ese monte-, señalando la arboleda que tenían por delante. Los de la partida, mirándose asombrados siguieron sus indicaciones y fueron dejando atrás el bañado para internarse en la espesura achaparrada. Demoraron el resto del día para atravesar el terreno cenagoso, y antes de la oración acordaron dejar descansar la caballada y que algunos salieran a cazar algo con que preparar la cena. El comisario asignó parte de las tareas para que las hiciesen de a cuatro, entre civiles y milicos: desensillar y atar los caballos, juntar leña y encender el fuego.

-Y na'vé si'siapuran ché, que yo vuá d'ir a vé si cazo algún animalito. Que pa'cé tiro mejor andá en grupito dia'uno. Yo vu'í p'ande 'tá caendo el sol-, dijo desenfundando su carabina y madrugando otras decisiones. Antes de irse agregó:

-Quién va'í pa' l'otro lao-

Uno de los muchachos le respondió:

-Acá se vamo a repartí las arma pa'que no se tirotiemo entre nootro-

Aparte del comisario que dijo iría hacia el Oeste, salieron tres gauchos con armas largas y cada uno orientado hacia un punto cardinal. Aun habiendo tomado la precaución de que en ningún momento pudiesen andar cerca o cruzarse y correr peligro, una de las primeras detonaciones que se escucharon picó en el tronco de un quebracho a dos pulgadas por encima del sombrero alón de Sarapura, que se había alejado a un tiro de piedra correteando un quirquincho bola. El rastreador se quitó el sombrero, y sentado en sus talones se quedó inmóvil y callado. Recién emprendió el regreso a medida que la oscuridad abarcaba la inmensidad del campo. Hasta entonces fueron varios los disparos que se oyeron provenientes de distintos puntos. Cuando Segundo Sarapura apareció en la ronda del fogón con su pequeña presa ya limpia, los demás terminaban de carnear un acutí y un par de corzuelas gordas. Uno de ellos le preguntó:

-Eh don Segundo, ¿and'istaba?-

Sin dar señales de lo sucedido:

-Quirquinchiando por'áhi-, respondió. Lo dejó sobre el rescoldo y se acomodó a la par de los que estaban pendientes de las brasas. Le asentó fijamente la mirada al comisario, cuando con cierto aire de absoluto provocador y oculto traicionero, comentó:

-Se me lo hace qui'hoy i'visto una anta y no li podía dá, se juido nomá-

Sarapura cortó el camino para hacerle saber que tenía la completa certeza de que el disparo que astilló el tronco de quebracho buscaba su cabeza:

-Usté don comesario capá que lo'apuntao muy arriba. A l'anta hay que pegálo n'el codiyo pa'que caiga áhi nomá, sino cuerre pa'l monte y no le ve nunca más, Será qui'usté lo ha hecho al tiro di'atrás. Y vea qui'es raro que haiga habío un solo, si l'anta es animal qui'sabe andá entropao-

El uniformado, sabiéndose descubierto en su fallido intento, solo atinó a bajar la vista. Sarapura agregó a modo de advertencia encubierta:

-La próxima vé que lo vea un'anta, tengaló mucho cuidao don comisario, es bicho por demá jodido y atropeya lo qui'venga. Ansí que apunteló di'frente y no li'yerre-

Al día siguiente comenzaron a marchar por terreno arenoso y quizás no les permitiría saber si alguien había pasado. Bajo un sol implacable que hacía ondear el aire por encima del suelo, Sarapura supo enseguida que el perseguido había intentado limpiar sus huellas, atando con un lazo un manojo de ramas que había arrastrado el último animal de la caravana. Se arrodilló, apartó un manchón de yuyos y sus ojos se achicaron antes de avisar:

-Se'ido pa'queya arboleda, y ya más apurao el ladino-

El comisario iba cada vez más intrigado con los decires de Sarapura, entonces preguntó:

-¡Che Sarpura..., decíme, como mierda sabí que's el que buscámo y qui'anda como vó mismo 'tas boconiando?!-

-Vea don comesario, tengo pa'mi habé muchos año de rastriador. Puedo güeyá'le'n cualquier lao y de seguro que no mi'equivoco. Hast'ahura nunca ha pasao. Y lo digo que 'tamo 'trá del coso que falta-

Su respuesta tajante y directa lo dejó mudo y conteniendo la respiración. La partida continuó la marcha guiada por nada que no fuese la intuición de Sarapura, y lo siguió siendo durante el largo trecho hasta que de nuevo encontró las huellas. En suelo algo más firme el fugitivo había hecho caminar a sus animales en redondo para que formasen un amplio círculo, dejándolo como talco. Tardó un buen rato en entender la treta del asesino, al ir largando los caballos de a uno y hacia distintos rumbos. Aunque a cierta distancia, las huellas de todos los animales volvían a mezclarse y a formar otro círculo de mayor tamaño. El rastreador localizó unas marcas de botas que se alejaban del sitio y terminaban contra las raíces de un árbol seco que mostraba señas de haberse caído a causa de un rayo. Observó el tronco sin ramaje y caminó a la vuelta mientras se rascaba la barba rala que le

sombreaba la quijada. Aparentemente dudaba, pero aquella era una actitud que le nacía del caracú, según dijo después, cuando buscaba que se le iluminase la sesera al repasar las más rebuscadas y difíciles artimañas utilizadas por los prófugos en su afán por despistar. El comisario, tal vez sin darse cuenta volvió a cometer una equivocación estúpida al soltar una grosera carcajada que sonó a regocijo:

-¿Y Sarapura?, ¿ahura qué'vas decíno?, ¡que'l coso s'ido volando mesmo qui'un pájaro?!-

Sin atender el comentario, Segundo Sarapura caminó a la par de las huellas que dejara marcadas el asesino, marcando las suyas. Se retiró a un lado para las miraras y rodilla en tierra las comparó. Volvió a caminar y a miraras, y otra vez rodilla en tierra con todos los sentidos apuntados. Los demás voluntarios, aunque intrigados no dijeron una sola palabra. Sarapura se puso de pie acomodándose el sombrero y luego de morder el acullico, escupió:

-¡El hij'unagranputa si'ha güelto pa'atrás!-

-¡¿Cómo decí que'hecho?!-, preguntó inquieto el comisario,

-¡Qui'ha caminao dende aquí pa'l tronco y endijpué si'ha güelto sobre su misma pisada, ¿qué no lo ve la projundidá? Fijensé'n las güeya, ha marcao lo mesmo la punta qui'el talón. La punta cuand'iba pa'l tronco y el talón cuando ha reculao!-

-¡¿Ahá?!..., pero bué!, si el coso'ese ya s'ido a la mierda, di'aquí nomá se volvemos nosotros. Total...,¿pa'qué vámo ha seguí siguiendoló?-, acotó. El resto de la partida, habiendo escuchado las razones que el rastreador les diera con tanta seguridad y confiando en su palabra, opinaron a viva voz:

-No don comisario, sigámo como dice don Sarapura que lo vamo a piyál sinvergüenza-, dejando entrever que había disminuido el respeto hacia su investidura y persona, por mostrar tanta indiferencia durante la misión.

Dos días más tarde en los que andar recorriendo los

contrafuertes de la selva les habían resultado insoportables por la humedad y las alimañas, la columna ingresó a un humilde y triste rancherío asentado a la costa del Pilcomayo; en la orilla del lado paraguay se ubicaba un caserío de iguales condiciones. Con disimulo el comisario venía retrasando su posición en la hilera de jinetes que se movía por la picada abierta a machetazos, y al quedar casi en último lugar, le dijo al que pasaba por su lado:

-Me'stoy haciendo encima carajo, andoy con la tripa floja de tanto matía-, haciendo desviar al caballo para perderse de vista. Nadie lo echó de menos en ese momento. Desde media legua antes de entrar al rancherío, Sarapura encabezaba la marcha montado en una curiosa posición; echado a lo largo del cogote y pisando un estribo, el otro pié sobre las ancas del animal. Con la cabeza a la altura de la cincha y fijando la vista, luego de que al pasar por un corral de palos identificara los caballos del prófugo. Recogió las riendas para hacerlo detener delante de una casucha de palos y barro con puerta de tablas. Enderezó la osamenta sobre la silla y habló muy despacio advirtiéndolo a los demás:

-Acá'dentro 'ta el coso que buscamos-

El gaucha malandrín que se había desentendido de la caballada utilizada en la fechoría se había dormido dominado por el cansancio mientras aguardaba el regreso de la única chalana disponible para cruzar el río. Los de la partida corrieron la voz y a pesar del agotador trajín, desmontaron y rodearon el aguantadero. Gauchos y milicos patearon la desvencijada puerta y entraron a los gritos, y sin resistencia ni forcejeos, sacaron a empujones al criollo. Sarapura se le acercó y caminó en redondo clavándole la mirada de arriba abajo. Amagó con darle un golpe en la cara y el acusado levantó su mano izquierda para protegerse del puñetazo que nunca llegaría. Con voz segura dijo:

-Est'és el qui'ha dijuntiao a don Enrequi y doña Juanita. No l'erro ni por un tranco i'poyo-

Los de la partida dijeron furiosos:

-¡Asesino!-, -¡Azotienlón!-, -¡Que azotiada ni azotiada, le linchemo áhura mesmo!-, exigió el más bravucón y su decisión de ajusticiarlo fue apoyada por otros que manotearon lonjas y lazos rápidamente. En el revuelo, uno de los agentes que había vuelto a entrar en la tapera salió cargando dos juegos de alforjas con el dinero robado, por detrás apareció uno de los gauchos arrastrando dos costales llenos de mercadería:

-¡Áhi dentro quedan otro costále más!-

Entre cuatro maniataron al robusto delincuente, que viéndose perdido buscó al representante de la autoridad:

-¡Don comesario, ¿y ahura?, ¿me va dejá colgá?!-

Al escuchar su reclamo cayeron en cuenta de que el comisario no se encontraba entre ellos. El que había quedado como último jinete de la fila hasta el instante en que el comisario se iba reculando, desembuchó:

-¡Se'ha desviao e'la güeya antesito del corral. Dicho que le'bía agarrao la cagadera!-

Sarapura entendió al vuelo la maniobra:

-¡Muenten conmigo pa'vé si l'agarramo, que'l comesario también 'ta metido-

Siete gauchos arrancaron al galope y siguieron la carrera del rastreador; enseguida quedaron cubiertos por una densa nube de polvo. No tardaron en ubicar la senda que había tomado, y protegiéndose en los guardamontes pecharon en tropel el ramaje y los arbustos hasta el arenal en la playa. Detuvieron los caballos en abanico y con una formación como ensayada, y estupefactos presenciaron los instantes finales del comisario y su animal, librando una desesperada lucha por evitar que los tragase un remolino traicionero.

El único que no...,

Alguna vez y por esas vueltas que da la vida, me tocó trabajar en un aserradero que estaba radicado en el polvoriento y detenido pueblito de General Ballivián; a mitad de camino entre Embarcación y Tartagal. Allá por los años 80 el mencionado centro urbano estaba lejos de contar con destacamento de policía, sala de primeros auxilios, juez de paz y hasta de un cura. Tampoco había teléfono ni radio, y quién no disponía de un vehículo estaba completamente aislado en la profusa y enmarañada selva que rodeaba el caserío. La mayoría de las construcciones habían sido levantadas con costaneras descartadas de los troncos aserrados. Dos estaban hechas con adobes y la del intendente desentonaba del conjunto, era de ladrillos y tenía aire acondicionado.

Durante los días de semana llegaban camiones procedentes de los distintos obrajes y los choferes acostumbraban estacionarlos en el playón para descargar los rollos seleccionados por tipo de madera. Una tarde, casi cerrándose la oración, Leocadio y su ayudante de turno, el Tontín, entraron con el último viaje. El chofer detuvo el camión cerca del tinglado faltando pocos minutos para las ocho de la noche, aunque, era verano y aún había buena luz natural. Los aserradores y unos cuantos obreros recién se estaban retirando. Tontín cerró la puerta del camión:

-¡Leo, hago andá la máquina y los descargámo ahora nomá!-,

-No Tontín, ahora no-, respondió Leocadio mientras con un trapo se sacudía la tierra de los pantalones. En realidad no había apuro, ya que podían descargar al día siguiente, pero Tontín no le llevó el apunte y comenzó a aflojar las cadenas. La última que soltó fue la del medio, y en vez de protegerse debajo de la caja del vehículo se puso hacia afuera y en cucullas. Al

momento en que la desenganchaba sonó el grito de Leocadio tratando de advertirle el peligro, aunque si Tontín lo escuchó, no tuvo tiempo de nada. Lo que sucedió después, sucedió en centésimas de segundo, pues el palo que coronaba la carga se descolgó de punta y se clavó en tierra por el extremo cercano a la cabina. Quizás fue eso lo que sucedió, quizás haya sido impresión de cada quién lo vio. Me dio la impresión de que el robusto tronco de curupay iba a quedarse en equilibrio, quieto, suspendido..., pero finalmente cayó.

Antes de quedar estático en el aserrín, golpeó de lleno el pecho del pobre Tontín. No hubo ruidos, no hubo gritos ni quejidos. Ocurrió de pronto, con un golpe seco, sin rebotes. Sin lamentos ni demandas, sin lamentos ni puteadas, y sin tiempo para el asombro; nada. El infeliz quedó tendido boca arriba y los brazos en cruz, con el pecho destrozado.

En la humilde casita de los Ordóñez, al otro lado de las vías del ferrocarril y después de que el médico forense de Tartagal llegara con un par de agentes de policía a certificar su muerte, sobre un mesón rodeado de velas y cubierto por una sábana, yacía Tontín. Su madre había colocado en el suelo y como única ofrenda, algunos manojos de flores silvestres, amarillas, lilas y blancas, acomodadas en latas y jarras.

Afuera en el patio, ardía una fogata. Unas bancas de madera dispuestas en redondo se fueron ocupando lentamente con familiares, vecinos y compañeros de trabajo. El padre del difunto me agradeció por ocuparme de los trámites legales y me invitó a cenar.

Rato después destaparon el horno y sacaron dos asaderas enormes, las colocaron encima de un tronco que utilizaron de mesa y se ocuparon de trozar el lechón. Muy poco tardaron en hacerlos circular entre la concurrencia, y hubo que comerlo con las manos. Por detrás de aquellos bandejeros y con disimulo, pero muy generosos, dos muchachos con sendas damajuanas

pasaban sirviendo vino tinto y vino blanco. Terminada la cena, con menos recato y como por arte de magia, aparecieron unas botellas de licor, varios platos desbordantes de coca, bolsitas de bicarbonato y paquetes de cigarrillos rubios y negros de diferentes marcas; todo a cargo de los dolientes. Faltando un cuarto de hora para la medianoche, empezaron a retirarse las viejas, los niños y algunos vecinos que, comidos y bebidos, habían cumplido rezándole al muertito.

El triste murmullo del principio fue aumentando de volumen, y con el paso de las horas tornó en bochinche moderado. Tarde en la noche se había formado una sola rueda, y entre trago y trago los aveloriados que quedábamos nos fuimos turnando para contar cuentos. Tarde en la noche el velorio se había transformado en una verdadera fiesta de la que, el único que no participaba, era su principal protagonista.

No es solo una leyenda

Dicen los que comentan conocer a alguien que se jacta de haberlo visto, que “el familiar” es un enorme perro de negro pelaje al que cualquier cristiano puede llegar a ver desde el comienzo del crepúsculo vespertino y hasta la hora en que las tinieblas van desapareciendo, pues seguro se ha de ocultar con las primeras luces de la madrugada. Mientras dura la penumbra anda de aquí para allá con las patas envueltas en el intenso chisperío que sale de la cadena de gruesos eslabones que arrastra sujeta del codo. Anda siempre resollando un humo blanco, espeso y fétido, al que si por casualidad alguien aspira, va quedando suco de a poquito hasta que le llega la muerte. Además, muestra unos enormes colmillos por entre los que chorrea el asqueroso espumarajo que destila. Sus apariciones están relacionadas con las tierras y potreros en que se cultiva caña dulce, de los que también dicen son el ambiente propicio donde el animal vive a sus anchas y rondando por donde se le da la gana. Aunque también afirman que lo más importante es comerse un peón de tanto en tanto, y hasta comentan que en ocasiones añade a su dieta algún forastero o borracho que se anima a entrar en sus dominios. Dicen que no cualquiera pasa por los cañaverales como Pancho por su casa, nada más que los que trabajan en el ingenio pueden hacerlo, pero también rumorean que algunos trabajadoritos tampoco han sido vistos de nuevo. Por ahí hablaban de algún peregrino que durante el día caminaba por el costado de las tablas de los cañaverales y de otros que cortando camino se metían a atravesarlas, lugares donde después se encontraba una prenda o una alpargata perteneciente al ignorante o atrevido que en horas de la noche y vaya uno a saber porque motivo, se animó a entrar.

Están los que afirman que cuando el familiar aparece caminando lento y con las cerdas del espinazo en punta, y

hasta destacan haberlo visto correr sin necesidad de tocar el suelo. Entonces para que algún pobrecito pueda evitar que lo atrape, a más de buen conocedor del terreno, debe ser ágil, inteligente y rápido, y mucho mejor si anda lúcido y reflejoso. Por lo tanto, sobran los dedos de una mano para tener idea de cuantos pueden ser los que realmente han escapado de sus bocados y ahora pueden contarlos. Pues teniendo la seguridad de que se trataba de un cristiano que se le ha escabulló, hay que considerar el estado emocional en que ha quedado, porque si bien no le llegó la hora, la otra cuestión es que haya sabido evitar sus malos influjos. Los que palanganean de haber tenido un encuentro con “el familiar”, hablan del modo en que han podido escaparse y salvar el cuero, jurando y perjurando que no es otro que el mismísimo Satanás, y también manifiestan con total convencimiento que, si por obra del cielo esa vuelta zafaron de la difícil situación, tienen la certeza de que cualquier rato se les aparece de nuevo y afirman en tono de resignación que el resultado ha de ser muy distinto. De todos los decidores que escuché y aunque muchos colocaron delante de sus ojos los dedos en cruz y la besaron jurando por Dios y por su madre y hasta por su bendita descendencia, de todos quedé dudando. Es decir, de casi todos.

Josito Martínez es un campesino al que conozco desde hace mucho tiempo. Vive con su mujer y sus cuatro hijos en una casa cedida por el ingenio en el que lleva tarjando treinta y dos años de trabajo, de los cuales los últimos dieciocho se venía desempeñando como capataz de un grupo de chacareros con los que cuidaban unas quinientas hectáreas separadas en varios potreros sembrados con caña dulce. La casa que habita Josito y su familia está como quién dice, encajada en el corazón del Lote Santa Lucía, rodeada de robustos y coposos árboles y muy cerca de una acequia de riego. Por detrás de la arboleda se alza la empalizada de los corrales en que mantiene

encerrados los caballos. A tres de esos animales solía utilizarlos por turnos en sus recorridas diarias, teniendo también bajo cuidado a un par de potros del jefe de campo.

Josito fue desde siempre un fiel creyente y seguidor del Señor y de la Virgen del Milagro, tan creyente que, en su dormitorio y a un costado del ropero tiene dispuesta una pequeña mesa en la que reposan sus imágenes y el librito de la Novena junto a una antigua Biblia que le había regalado una bisabuela. Por debajo del vidrio que vestía la tapa, varias estampitas bien ordenadas, la del Sagrado Corazón y la Virgen del Perpetuo Socorro, entre las que recuerdo. Como hombre de campo, Josito estaba acostumbrado a ciertas cosas extrañas, cosas que según dicen solo suceden en el campo. Solía decir que eran tantas y tan raras las que vio a lo largo de su vida que, a medida que le fueron pasando, con los años aumentó los pedidos de protección en el mensaje de sus rezos.

En los meses de cosecha y cuando el turno de la noche lo ocupaba, además del rosario que llevaba al cuello, Josito se colocaba el escapulario de la Virgen del Carmen y por dentro de la copa del sombrero acomodaba la estampita de San Benito. Está de más decir que en la cintura le brillaba constantemente el cabo de plata de su inseparable puñal.

En ocasión de visitarlo un día domingo y mientras pasábamos los últimos minutos del atardecer otoñal en la galería, Josito Martínez me contó lo que le ocurriera en el transcurso de una encapotada noche de invierno y mientras soportaba el castigo de una persistente llovizna impulsada por una ventisca inclemente. Después de asignar tarea a los dos últimos chacareros, apuntó en dirección de la costa del río queriendo achicar distancia para salir frente a la vieja grúa de

carga que había en el potrero del fondo. Lo atravesó montando al Comandante, que aparte de caballo de su preferencia era un animal con el que se conocían hasta en las mañías. A paso lento hacían el trayecto que restaba hasta las instalaciones del ingenio, y mientras marchaban iba copleando bajito por la orilla del canchón en que el jefe de taller sabía amontonar acoplados en desuso, carcasas de tractores viejos y una larga lista de cosas que ya no eran más que chatarra. No faltaban recorrer ni cien metros para llegar adonde la huella torcía al poniente, cuando de pronto el Comandante cabeceó un par de veces negándose a seguir, y aunque ahí lo exigió, un trecho más adelante se sentó sobre sus patas e hizo un medio giro mientras bufaba cortito pero fuerte. Como no acostumbraba a chicotearlo y viendo el rechazo del animal a continuar, desmontó y quiso tranquilizarlo con un par de palmadas en el cogote y hablándole en la oreja. Aquella conducta le resultó inexplicable y sus intentos de convencerlo a retomar la marcha fueron inútiles. Lo desconoció cuando bellaqueó por demás arisco y de una forma tan bruta como no lo había hecho siquiera en tiempos que lo domaba. Y se abatió aún más cuando lo vio salir a todo galope en sentido contrario hasta que desapareció confundido con la negrura de la senda. Josito Martínez dijo que quedó apabullado y que solo atinó a decir:

-¡A la mierda el Comandante, primera vez que me deja a pata!-, mirando el hueco por donde lo había visto perderse. Resignado a caminar la distancia que restaba hasta su ocasional destino, pasó sus manos por su cara intentando secarse y despabilarse un poco. Mientras hacía los primeros pasos ajustándose la copa del sombrero, por el rabillo del ojo vio la macabra figura agazapada que salía a cortarle el paso por detrás de unas chapas retorcidas. Josito dijo que se detuvo alerta, pues aquello con apariencia de animal se acercaba sin ruidos e inmerso en la densa humareda de sus propios resuellos. El consabido chisporroteo le brotaba de entre las patas a pesar de la humedad, igual que el salpicadero de una fragua resoplada. No supo el porqué, pero alcanzó a distinguir

claramente a la oscura bestia de ojos amarillentos y descomunales fauces que lo tenía centrado en la mira. Y enfático dijo que atinó a acomodarse el poncho por encima de los hombros y persignarse, dispuesto a hacer lo que un viejo cura criollo ya difunto le había enseñado por lo que puta pudiera.

Una callecita de tierra sembrada de charcos de agua en los que se reflejaban unos debiluchos y perezosos rayos de sol, recibió a Josito cuando entró a Campo Santo con la jeta como clarín de guerra y silbando con todas las fuerzas de sus pulmones a pesar del cansancio. Llevaba el sombrero de paño marrón con el ala chamuscada por completo y el poncho desgarrado casi a la mitad de su largo, como tarasconeado por la perrada del enemigo.

Apretando el mate con sus manos mientras miraba apagarse el día por sobre las cumbres del San Germán, Josito Martínez agregó:

-Esa ha sido la peor noche de mi vida y también la más larga. Me he defendido y peleado como ni yo mismo sabía que era capaz de hacerlo, mano a mano con el mismísimo diablo transfigurado, y he ganado después de mucho dar y recibir. Podría contarte otras cosas que han pasado durante la lucha, pero tengo que cumplir una promesa-

¿Qué tal el viaje?

“La Orilla Angosta”, era el nombre de una enorme finca ubicada en el Valle Calcháqui camino abajo de Seclántas, a la que Gregorio Pereyra había escuchado mencionar en varias oportunidades en comentarios que alababan los rasgos coloniales acriollados de la casona que siempre había sido el centro de la estancia. Esos mismos comentarios resaltaban lo grosero de su extensión, pues decían que la superficie superaba las setenta y cinco mil hectáreas desde que fuera cedida en merced allá por los años del 1700, aunque posteriormente fuera enajenada por uno de los tantos sucesores. De toda esa extensión solamente podían cultivarse las sesenta hectáreas que formaban un angosto pero extenso callejón sobre la margen derecha de la corriente de agua, el resto eran un suelo árido, en el que no crecía otra planta que las duras especies nativas.

El casco de la finca era una amplia y antigua casa de sólida construcción que mantenía la línea original, aunque reconstruida íntegramente en el ocaso del siglo XVIII luego del gran alzamiento Calchaquí, que arrasó con la primera fortificación al querer hacer valer sus reclamos y rechazando los atropellos con que hasta entonces los habían sometido. Sobre unos descomunales cimientos de piedra se habían levantado gruesas paredes de adobe revocado que alcanzaban los sesenta centímetros de espesor. Otro detalle muy particular era que todo lo hecho en madera se había tallado en algarrobo: dinteles de puertas y ventanas y sus hojas, las vigas del techo y el barandaje que guardaba las galerías. El cierre de la estructura del techo se había armado con vigas labradas en crudo y mostraba un revestimiento de cañizos por cielorraso y con una prolija cubierta de tejas de chunca que mostraba una pátina verdosa por el paso del tiempo. El piso de las galerías

en arco era el original, con baldosas de cerámica fabricadas y cocidas en el lugar.

En el dintel que coronaba la entrada principal se podía leer: “Año de Nuestro Señor, 1798”, como antaño se acostumbraba. Casi rodeando la construcción se alzaba un repolludo bosque de algarrobos que en el verano cargaba vainas amarillentas, mientras avanzaban lentos ocupando el suelo circundante. El resto de la extensión, que a partir del Río Calcháqui incluía las tres cadenas montañosas siguientes hacia el poniente, no pasaba de ser un páramo, salvo por unos oasis formados en el discurrir de unos arroyitos que alcanzaban a desarrollar una vegetación algo más profusa.

Gregorio aprontó su viejo Jeep IKA o Sapo Yuto como le decía, y aunque tenía el motor fundido armó el viaje a la Orilla Angosta llevando de copiloto a su amigo el Cordobés, que a la vez arrastró a su hermano, el colorado Horacio. Entre los tres se lamentaban de la ausencia de Pepe, amigo en común que había desistido al viaje por una fuerte angina. Como suele suceder al comienzo de cualquier convivencia, las relaciones anduvieron bien hasta el momento en que pincharon una rueda y el copiloto rezongó con las primeras palabrotas; aunque al ver la rapidez con que Gregorio y su hermano la reemplazaron, todo volvió a la calma. Enseguida entraron a circular por el escabroso y serpenteante camino que trepaba la Quebrada de Escoipe envueltos en una espesa polvareda, y recién pasado el mediodía pudieron superar el Pié de la Cuesta. Largo repechaje de casi seis horas, aunque tuvieron que aguantar con estoicismo otras cinco de traqueteo para vencer la pronunciada pendiente; pues en cada curso de agua que atravesaban debían detenerse y agregar agua al radiador. Entonces con Horacio escuchaban a su hermano diciéndole a Gregorio:

-¡Che Goio, ¿cómo has hecho pa'comprar esta basura?,

¿te lo'ha recomendado el enemigo?!-, a lo que Gregorio ni se molestaba para responder.

Llegaron al pueblito de Cachi tarde en la noche, agotados y con las barbas blancas de tanta tierra asentada después de viajar catorce horas con un sinfín de paradas, y se alojaron en una cabaña, donde luego de una ducha y cena relajadoras, durmieron sin dirigirse la palabra.

Al día siguiente vieron el paisaje espectacular que los rodeaba, y recuperaron el entusiasmo y el habla antes de continuar valle abajo por un camino más polvoriento que el anterior. Cuando entraron al pueblito de Molinos, completamente desierto a las tres de la tarde, Horacio miró a su derecha, luego a su izquierda, y al no ver ser viviente alguno preguntó con estupor:

-Che Goio, ¿esto siempre é s'así?-,

-No, a veces es peor-, le dijo en broma,

-¿En serio Goio?, Y que mierda'ce la gente acá?!-, preguntó más intrigado.

-Vive tranquila y como puede. Cría chivos y ovejas, toma vino y festeja los carnavales y su Santo Patrono-, le respondió en tanto detenía el jeep e ingresaba a un boliche a compró una damajuana de vino tinto elaborado en una bodega casera; un vino espeso como sangre de toro. A media tarde llegaron al displayado del Churcal para cruzar el río, que en esa época tenía un caudal superior al habitual. Gregorio dudó y le comentó a los hermanos la alternativa de hacer un rodeo de 20 kilómetros para pasar por un puente, pero queriendo apurar el paso, el Cordobés bajó del jeep y miró las huellas de los vehículos que habían cruzado con anterioridad. Caminó por el lecho con el agua por debajo de las rodillas y comenzó a hacer señas animando a Gregorio para que lo atravesara. Horacio permaneció en el asiento trasero y con la barbilla apoyada en el respaldo delantero más asustado de lo que parecía, y preguntó:

-Che Goio..., pasamos?, Goiinito, ¿pasamo o no pasamo?-,

-Si tu hermano indica bien, pasamos tranquilos-, trató de calmarlo. Puso primera, aceleró a fondo y largó el jeep a favor de la correntada, pero a poco de entrar quedó evidente que el oportuno guía no había revisado bien, porque una de las ruedas delanteras quedó encajada entre dos piedras y bloqueada para avanzar o recular. Así anclado comenzó a entrar agua por todos lados:

-¡Pero Goio..., ¿qué te pasó?!-, gritaba el Cordobés,

-¡Parece que no has visto bien!-, reclamó,

-¡Pero si ío te hacía así, así. Y te decía por aquí, por aquí. Soi'un pilotudo Goio!-

Resignados a poder sacarlo, se sentaron en la arena sin tener idea clara de cómo continuar, mientras, Horacio encendió un fueguito con champas y raíces y calentó agua para el mate. Llevaban cerca de tres horas sin hablar, cuando un camión avanzó por la misma huella para vadear el río. El que manejaba accedió a cuartearlos, y una vez en la orilla opuesta recorrieron los últimos ochocientos metros hasta la sala de la finca. Cuando la tarde anunciaba su partida, Gregorio Pereyra detuvo el jeep delante del cuidado jardín, y los polvorientos viajeros bajaron del vehículo al momento en que un lugareño se acercó a recibirlos. Sin saber de donde apareció, a contraluz distinguieron que detrás de su cabeza sobresalía una abultada joroba. El hombre descansó del dificultoso andar, se quitó el sombrero y con una voz nasal que les costó entender, dijo:

-Güena tarde, ¿qui'andarán queriendo los señore?-

Escuchó con atención las explicaciones de Gregorio y alguna que otra observación que hicieron sus acompañantes acerca de que andaban paseando y querían conocer la finca. El hombrecito movió la cabeza con gesto de afirmación, les dijo que aguardasen allí y se marchó rengueando. Como la espera se hizo larga y la noche ya se había cerrado, insistieron golpeando las manos una y otra vez hasta que la potente luz de un farol a gas los encandiló. Un criollo bajito lo llevaba en alto alumbrándole el camino a un señor mayor, grandote y con aspecto de alemán recalcitrante que los miró como si estuviese

delante de un trío de sarnosos. Debió sonarle a ruego que Gregorio le pidiera que los dejase acampar por lo avanzado de la hora. Una vez que concluyera, no tuvo inmediata respuesta del alemán, que no les quitó la mirada de asco en ningún momento, sin embargo, le ordenó a Regino que los alojase en uno de los cuartos disponibles.

Los muchachos terminaron de quitarse el molesto y fino sedimento con la aplicación de una ducha. Al salir de la habitación los aguardaba el casero para anunciarles que era hora de cenar. Aunque sorprendidos por tanta amabilidad, allá fueron Gregorio, el Cordobés y su hermano Horacio cargando la inquieta damajuana de vino. Después de cenar agradecieron al dueño de casa y se repantigaron en un rincón de la galería a fumar y a escuchar a Regino. El Cordobés y Gregorio iniciaron el interrogatorio para que les contara la versión cierta de los burros de la zona. Horacio preguntaba lo suyo, que ansioso por conocer las costumbres de los vallistos, llevaba el hilo de la charla y trataba de tener el jarro siempre lleno, pero no por abstenerse, sino por agregar a cada rato lo que bebía. Era la primera vez que coqueaba, y el acullico que había puesto apenas le permitía hablar, y bebía y fumaba como si fuese lo último que haría en este mundo. La mezcla, en vez de sedarlo le provocó el efecto contrario y se aceleró a tal punto que no dejaba que otro hablara. En una pausa para hacer un trago, Regino alcanzó a decir:

-Sediento 'bia sío don'Horacioso-, que terminó ese jarro y se quedó como si le hubiesen inyectado un calmante. Entre otras historias contó que en sus años mozos y en ocasión de asistir al padre de su patrón y a un grupo de amigos provenientes de la Capital, una mañana temprano se les ocurrió salir de excursión a cazar guanacos después de estar tomando whisky casi hasta la madrugada:

-Rato largo 'mos tenío que andá por la montaña hasta que'mos dao con un tropa grande y le'mos encerrao n'un

cañadón. Áhi han entao a tirá y han voltiao cantidá de animale. Como..., cuarenta han de habé sío lo que'han matao. Meta tiro y tiro, y no han tenío piedá. Han hecho cuerí dos, y los demás han quedao áhi, apilao y jediendo. Pero el Coquena lo'ha castigáo l'hombrecito que más disparaba. Si'apunao fiero, le'agarráo un tiembladera que no se'staba quieto; así como cagao e'frío. Endispué si puesto blanco y ha d'entao a doléle su pecho y si'ha revolcao mesmo que perro envenenao-,

-¿Y qué le pasó al cosu'ese?-, interrumpió Horacio con esfuerzo y acomodando el acullico, mientras una espesa baba verde chorreaba de su rojiza quijada. Regino respondió naturalmente:

-¡Si'ha muerto. Ha quedao duro áhi nomá y con su culo pa'rriba!-,

-¡'Ta que lo reparió!, ¿cómo se morió s'asi?-,

-Ansi ha'sío doncito, áhi nomá ha cagao fuego. Claro pué, pa'que ha matao tantísimo guanaco. Coquena no lu'ha perdonáo-

Tarde en la estrellada noche Regino se soltó de boca y contó un asunto que involucraba a sus antepasados y a los antepasados de los propietarios de la Orilla Angosta. Inclinandose hacia adelante y en voz baja, con gestos de suspenso contó que:

-La mujer del patrón de mi tartagüelo o la tartagüela de mi patroncito di'ahura, decía que por culpa de su hombre, entoavía le quedaba mucho pa'ndá penando por las travesura que'l viejo hácia con las mujere que trabajaban acá en la finca. Picarón demá pare que'ra el viejito, hasta que si muerto. Ambo 'tan enterrao n'el cementerio detracito la casa. Áhi tamién 'tán todito los hijo y los hijo de los hijo. Montonera de finadito hay. El patroncito di'ahura no quiere que anden d'entrando naidés-, y fue lo último de aquella bien estirada y regada noche. Un tanto sugestionados con el relato, los muchachos se retiraron a la habitación; y con el traqueteo del viaje, la ducha, la cena y el vino, el sueño los venció enseguida.

Unos secos y rudos tirones de las cobijas despertaron sobresaltado a Gregorio, que de un brusco manotazo tomó la linterna que había dejado sobre la mesita. Al encenderla, el haz de luz centró la figura del Cordobés sentada en la cama y mirando la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Gregorio Pereyra se erizó en el momento en que el Cordobés susurró con voz aterrada y apagada:

-Goio escuchá. Escuchá Goio, escuchá-

Por la rendija de uno de los tableros, la amarillosa luz de unas velas provenía del mismo sector de las voces que lo habían despertado. Entre que Gregorio no lograba entender el motivo de los sacudones con que lo alertara su amigo, trataba de tomar conciencia del lugar y el momento que estaba viviendo y extendió el brazo para ver su reloj; un par de minutos faltaban para las cuatro. Comenzaba la hora del cuarto de la modorra.

Superado el suspenso inicial se levantaron y salieron a la galería en puntas de pié revisando frente y retaguardia, y avanzando agachados y sigilosos hasta arrodillarse bajo el sardinel de la ventana. Asomando como si no quisiesen hacerlo, miraron a través de los agrisados vidrios, un tanto ocultos por las gruesas cortinas color terracota que permanecían recogidas a los lados. Entonces vieron a una mujer con aspecto de cuarentona, alta y rubia vistiendo ropa blanca y bordeada por abultados encajes, que sostenía un candelabro de plata mientras caminaba gastando el mismo semicírculo cerca de la mesa que ocupaba el centro la sala. Lo hacía sin pausa y dirigiendo la mirada al sillón que estaba de perfil a la posición de Gregorio y el Cordobés. Alcanzaron a ver parte del pantalón y del saco de un hombre que permanecía apoltronado y con las piernas cruzadas. Les pareció que el generoso busto de la mujer, a pesar de estar contenido en el corsé, en cualquier momento reventaría el escote del camisón. Quizás fue la débil y tembleque iluminación que había en el interior la que hizo que la piel de la mujer les resultase desagradable y pálida y resaltasen sus largas uñas negras.

Ella se expresaba con una voz tan aguda que no les fue posible entenderla, pero por sus ademanes adivinaron que se trataba de una áspera reprimenda al hombre sentado. Confiados en su escondrijo, Gregorio y el Cordobés pegaron sus narices al vidrio en el preciso instante en que la mujer se apartaba de su regular recorrido y alcanzaron a verla de cuerpo entero. En realidad, casi entero, porque estaba suspendida y sus largas ropas ondularon hacia atrás al momento que avanzó en esa dirección.

Con el pretexto de sufrir repentinos ataques de insomnio, el tatarabuelo del patrón de Regino se levantaba a cualquier hora de la noche para cometer sus picardías, habiendo citado de antemano alguna de las tantas mujeres que por entonces vivían en la hacienda – encomienda, y que lo esperase en uno de los cuartos. Su esposa, después de varias noches de desvelo y habiendo encontrado ciertas diferencias con los argumentos con que el viejo trataba de justificar sus largas caminatas de noctámbulo, comenzó a seguirlo en las penumbras con la intención de agarrarlo en el instante preciso. Hasta que así nomás fue.

No por causa de las posteriores recriminaciones ni por los encendidos reclamos que su esposa le hiciera salió de su sano juicio, sino por el hecho de que en aquella frenética búsqueda completamente a oscuras, su mujer no hizo un solo ruido que le advirtiera su proximidad. El corolario fue que, en una de las tantas discusiones que tuvieron luego de aquella noche, en el transcurso de una tarde, su esposa caminaba siguiéndole el paso por debajo de una de las galerías e increpándolo por su proceder. Sin dudas que el tatarabuelo se sintió presionado y de pronto y fuera de sí, reaccionó como nadie supo jamás de manera cierta lo que quiso hacer, quizás solo asustarla. Cuestión que el desquiciado viejo asió la guadaña que el jardinero en su descanso había dejado apoyada en un pilar y sin detenerse volvió hacia ella al tiempo que tiraba el inoportuno guadañazo con que la despojó de la posibilidad de trasladarse por sí sola.

Mucho tiempo después, luego de curarse y de esperar a que cicatrizasen las heridas, la mujer juró no abandonar la cama y tampoco intentaría movilizarse con la ayuda de otra persona, de alguna prótesis o artefacto de complemento, dejando que de a poco se transformara en su lecho de muerte. Pero, de allí en adelante nunca volvería a caminar con su esposo o por motivo alguno. Cuando ella lo dispuso, su marido nunca más vio la luz. Una fresca tarde de otoño en que la brisa comenzaba a hacerse sentir con la puesta de sol, la mujer, que había estado recostada sobre unos almohadones leyendo un libro, le pidió una manta con que abrigarse y un topu de plata para abrocharla. El tono de la voz sonaba a desamparo y se enterneció como nunca antes. Con suavidad posó el abrigo encima de sus pálidos hombros descubiertos, se sentó a su lado y le entregó el puntiagudo alfiler. Cerró los párpados adelantando el torso y aguardando a que ella asentara los labios en los suyos diciendo dulcemente: "Eres la luz de mis ojos". Aunque instintivamente el tatarabuelo se arrojó hacia atrás al sentir los agujazos, fueron dos estocadas impecables, veloces y profundas.

Gregorio y el Cordobés vieron que el hombre de la poltrona se incorporó para asentar su pipa sobre la mesa y quedó mirando la ventana. Su cara y sus manos eran tan pálidas como las de ella, aunque las cuencas de sus ojos estaban completamente vacías. La mujer se deslizó bordeando el salón y les pareció que tomaba impulso apoyando sus manos en las paredes, y cuando pasó por la ventana moviendo la cabeza, vieron que su boca excesivamente abierta y oscura era casi un abismo interminable del mismísimo infierno. Aquella horrorosa visión les hizo aflojar hasta los pensamientos y se orinaron encima.

En todo el tiempo que habían estado con Horacio esa

noche, su voz no les había sonado tan agradable cuando a sus espaldas, descalzo y en calzoncillos, dijo:

-¡Che pilotudos, ¿qui'hacen acá cagándose del frío?!-

Los espiones se dieron vuelta sin pronunciar palabra y limitándose a señalar la ventana. Horacio se acercó a ver y preguntó:

-¿Que's lo qui'hay?-, al momento en que se ponía entre medio. Cuando los tres miraron hacia el interior de la sala, en el lugar reinaba una tenebrosa oscuridad y un silencio de camposanto. Gregorio y el Cordobés, estupefactos cruzaron miradas y sin entender lo que había sucedido, y volvieron a escuchar a Horacio con aliento de lanzallamas:

-¡¿El vino les caio mal a ustede o me parecí'a mí?!
¡Vamo pa'dentro!-

Por la mañana, durante el desayuno estuvieron enredados en la maraña de sus propias conjeturas hasta que el alemán se presentó en la cocina para invitarlos a recorrer el fundo al enterarse por Regino que se habían interesado en el asunto de los burros. Gregorio subió con el alemán en la estrecha cabina del camioncito Unimog, el Cordobés y Horacio se acomodaron en pelo sobre la caja creyendo que no demorarían en regresar. Se enteraron de cuán equivocados estaban luego de que el chofer se apartara de la huella que llevaba hacia "la aguada de abajo" y sin avisarles apuntó siguiendo a campo traviesa, sin reparar en los marcados tumbos y sacudones. Envueltos en una nube de polvo anduvieron por espacio de cuarenta minutos, controlados a reloj por Horacio. Durante ese tiempo, el alemán demostró su pericia de conductor esquivando infinidad de arbustos y cardones, además de algunos accidentes naturales y sin el menor atisbo de hacer pausa. Con el golpe de un pisotón al pedal del freno detuvo el Unimog, desplazó un par de palancas y enganchó la tracción delantera y la marcha de bajas

revoluciones para encarar por una pronunciada cuesta. Llegaron al abra del cerro y enseguida hizo que el camioncito cambiara de posición. Si bien el trastornado chofer no dejó de sonreír en todo el itinerario, los muchachos sufrieron de una manera inigualable hasta que estuvieron en el abra. Por unos segundos pensaron que el paseo había terminado, pero de nuevo erraban; pues sin decir pío el chofer volvió una de las palancas, la dejó en neutro y rozó apenas el acelerador para que tomase velocidad en el descenso. Si estuvieron a punto de tirarse del móvil en la subida, ni que decir mientras bajaban en tercera y a como el motor se lo permitía. Peor aun cuando parecía disminuir la velocidad, porque inmediatamente el alemán apoyaba el botín en el acelerador. En un pequeño promontorio atravesó el camioncito y lo detuvo. Desde la elevación se dominaba el fondo de la estrecha quebrada en que se situaba la llamada "aguada de arriba". El chofer se bajó, se quitó las antiparras y señaló hacia el costado de un pajonal:

-¡Ahí está la tropa!-, exclamó. Volvió al Unimog, corrió el asiento y sacó el estuche que guardaba su arma: un fusil Mauser de caño largo. Arrodillado y afirmado en el paragolpes, acomodó el alza de la mira y disparó; luego poniéndose de pie, ordenó:

-Bajen a buscarlo, ahí van a conocer lo que es un revolcadero de burros, ¡y esta noche, comemos asado!-

El Cordobés y Horacio todavía se quejaban por haber decidido aceptar su invitación, y antes de terminar de refregarse brazos y piernas, rumiando sus protestas bajaron con Gregorio y recogieron la presa. Subir acarreando el tochi muerto fue casi una tortura y demoraron más de lo que cualquiera hubiese creído. El cazador los aguardaba tranquilamente sentado y fumando y cuando se echaron al suelo, comentó:

-Hubo una época en que nadie quería hacerse cargo y abandonaron la finca. Uno de los primeros herederos trajo una recua de burros con la intención de cruzarlos con yeguas criollas para vender mulas al Alto Perú. Cuando ese tío murió,

el que quedó al frente no quiso lidiar con los burros y los dejó sueltos para que se vayan. Se fueron, se internaron en las montañas y se reprodujeron en estado salvaje y en tropas de varios cientos de animales comenzaron a transitar por los bajos y a rivalizar por alimento, entre ellos y con los chivos y ovejas. Excedieron los límites e invadieron las vegas y pastizales de los alrededores y las propiedades vecinas, los potreros de alfa, los potreros de hortalizas y todo lo que pintaba de verde, transformándose en una plaga que amenazaba con extenderse a todo el valle. El único modo en que pude controlar sus empeñosos embates fue organizando una campaña de persecución y cacería para reducir drásticamente el número. Pero lo peor fue que de tan salvajes se habían hecho agresivos. De eso nos dimos cuenta una mañana, cuando acá cerca nos atropelló de costado una estampida y tumbaron la camioneta. Estábamos sin armas con Regino y otros dos peones; a mí no me pasó nada y Regino la sacó barata con que le quebraran la pierna en cuatro partes; los dos que venían en la caja, sin tener donde protegerse fueron muertos a mordiscones y patadas. A la semana siguiente vinimos con un amigo en motocicleta y cargando sendos morrales con cartuchos de dinamita. Después mi amigo me dijo que era la primera vez que veía burros volando.

Como todavía quedaban varias tropas dando vueltas, comenzamos a cazarlos y a sacarles provecho, y dos veces a la semana despachábamos la carne en camiones refrigerados a frigoríficos de Santa Fe y Buenos Aires; así pudimos controlar el crecimiento de los burros. Ahora solo quedan un par de tropas de treinta animales. Desde entonces tratamos de mantenerlos restringidos aquí en la zona de la aguada para que no salgan a hacer desastres, pero cada tanto algunos se escapan y van a dañar a la orilla del río-

Cuando regresaron a la casa, los muchachos fueron a su habitación y se echaron sobre las camas tendidas a lamentarse de las consecuencias de la cacería:

-¡Mirá los chichonazos que tengo. Cuando frenó ahí en la bajada le pegué unos golpazos a la cabina, y eso que iba bien agarrao. No sabí como duelen!-, se quejó Horacio. Y aunque viajaba adelante, Gregorio aportó lo suyo:

-Si, en la subida nomás yo le di con el hombro al borde de la puerta. Y en la...-, el Cordobés lo interrumpió:

-¡Caíate Goio, de que te quejái, si'tabas mejor que ninguno áhi al lado del alemán! Mirá como me han quedao a mí los brazos y el culo de tanto rebotar en esa jaula de mierda que tiene la caja de ese camión sorete y la recontramilpu...,-

Por largo rato compararon lastimaduras como en una competencia por saber quién había recibido el mayor número de moretones.

Regino preparó y adobó los costillares del burrito y los colocó en las espadas para cocinarlos despacio a las llamas. Cenaron en una mesa servida a cielo abierto y con el vino que algún vecino bodeguero le obsequiara al alemán. Los invitados se chuparon los dedos con el asado, aunque al terminar, el Cordobés y Gregorio se retiraron a descansar. Horacio se acomodó en la cabecera de la mesa para continuar la conversación con el dueño de casa. Regino en su papel de asistente se mantuvo a un costado sentado y callado como el más fiel de los perros, tomando lo que fuese y cuando su patrón le servía y hablaba para responder si es que le preguntaba. Después de un pocillo de amargo café de campo, comenzaron con la primera de las botellas de whisky que trajinó Regino esa noche de la cava. Y entre la curiosidad de Horacio y el licor que consumieron se encendió la llamarada del fervor alemán por dialogar de ciertos temas. En aquella solitaria inmensidad bajo las estrellas el dueño de casa protagonizó una clase magistral de Historia del Valle Calcháqui hasta que se retiró del podio cuando comenzaban a cantar los gallos. Contrariamente a lo debió haber sido, se marchó caminando a

escuadra con la ayuda de un bastón y a pesar de haber vaciado dos botellas. En cambio, su unipersonal auditorio, falto de costumbre para empinar el codo con bebida blanca terminó portando una descomunal borrachera. La solución que se le ocurriera a Regino para no dejara Horacio tirado al frío de la madrugada fue cargarlo al igual que una bolsa de papas en su rústica carretilla de madera y llevarlo a la cama.

Los primeros rayos de sol comenzaban a calentar las endurecidas plumas de las aves posadas en el ramaje de los algarrobos cuando el Cordobés y Gregorio se despertaron sintiendo el desagradable olor de una laguna de vómito fermentado. Afligidos por la salud de Horacio pensaron que la comida le había caído mal, pero no tardaron en darse cuenta del verdadero motivo y se ocuparon de baldear el cuarto y hacer las camas. Mientras, enrollado de pies a cabeza en las frazadas, el ocasional alumno del alemán siguió durmiendo con la rigidez de un muerto de varias horas. Durante el resto de la mañana se sentaron y ventilaron a la sombra de la galería. Rato después, Regino apareció barriendo el suelo con una escoba gigante armada con varillas de pichana. Se acercó extrañado de no verlo y preguntó:

-¿Y don'Horacioso el pelo i'choclo, andi'anda?-,

-Todavía duerme la mona. Se agarró un pedosononón de aqueios-, respondió su hermano,

-Ha'i sé brava la resaca entonce-, dijo sonriendo el lugareño, el otro agregó:

-Che Regino, ¿que's lo que'stuvieron tomando anoche estos dos?-, se dio vuelta con cara de no me asombra y respondió:

-Es qui'el patrón cuando si'alza, le pega duro al chupete. 'Ta'costumbrao pué, l'Horacioso séra blandito entuavía-

Los muchachos aprovecharon de que se encontraban solos con Regino, para contarle que la noche que llegaron y antes de que saliesen a atenderlos con su patrón, los recibió un desdichado que cargaba una joroba y hablaba con dificultad. Le dijeron que se había presentado cojeando y con el sombrero en

la mano. Previo a comentar algo del extraño personaje, Regino se acodó en la rama de un añoso árbol y apoyó una alpargata en el tronco del algarrobo que se había desarrollado a ras del suelo. Se quitó el sombrero de fantasía y con la manga de la camisa secó la transpiración de su frente, y con agrandados aires de filósofo rural tomó el cigarro de chala ajustado en la oreja y lo encendió. Soltando una gruesa bocanada relató el triste episodio:

-¡Aaahh doncito!, así'é pué. L'alma del Fortunato si'aparece po'aquí si yega alguien que no le's conocío. Receloso parece que'ra el finao. Fortunato Chiliguay los atendío cuando han yegáo, po'eso han esperao tanto. Er'un hombrecito curcuncho, tórcido y jorobao, qui'andaba renguiando con su pata tiesa y calzando sombrero gris de paño.

Décian que'ra enriedao pa'blá y casi no se lo compréndia. El tartagüelo le teniba de ladero-, poniendo una mano del revés al costado de su boca y hablando suave, siguió:

-No van queré decí nada, pero decíban que'l Fortunato er'hijo del viejo, que se lo'biá parío pa'él la mujercita que aténdia en la casa, al año nomá que'bía tráido su esposa. La india teniba su apediyo de Chiliguay, y un día lo'avisao al viejo que'estaba empuñada. Décian que la sacao de los pelo pa'lao l'río y la'lonjiao a puro azote. Y que tanto lo'ha pegao, que'l Fortunato ha salío así comu'era.

'Sa noche que'bian descutió los finadito áhi'n la sala a las cuatro la madrugada, décian que'l Fortunato ido pa've que'biá pasao con tantísimo griterío que'bia óido. Dentrao y si'ha dao con sangre por too'lao. Décian que'l mismo viejo le odiaba al Fortunato Chiliguay, porque como nu'era hijo suyo y de su mujer propia d'él, que no le podía da'familia, el viejo si'alterao y lo'ensartao de lao a lao c'una bayoneta que téniba di'adorno. Naide sabe dendervera comu'ha sío, pero el viejo ha'dijuntiao a su propio hijo. El Fortunato se muerto a l'otro día despué de'sa noche.

No si'asusten doncito, que l'ánima del Fortunato Chiliguay sale

de cuando en vé, pero no lo va'ce nada. Ayacito nomá 'ta su tumba-

Mientras el Cordobés y Gregorio trataban de asimilar y de ubicar en sus mentes la terrible historia familiar que acababan de escuchar, aunque en otros tiempos había ocurrido en ese mismo escenario. Entonces aparecieron los restos tambaleantes y demacrados de lo que hasta el día anterior formaba parte de Horacio, caminando sobre sus piernas flacas y descoloridas de choquezuelas deformes. Cubriéndose los ojos del sol del mediodía preguntó:

-¿Que's lo qui'acen?-

Una carcajada al unísono fue la primera respuesta, luego habló su hermano:

-¿Cómo'stás, mejorcito?-

-¡Ooooooyhhh papá!, 'toy hecho mierda como nunca. Parece que me habieran agarrao tres negro a los championazos; 'toy reventáo!-

El Cordobés y Gregorio, hasta que fue la hora de partir se la pasaron atendiendo al copiloto número dos. Una vez que almorzaron, agradecieron y se despidieron del alemán y de su inseparable Regino y arrancaron a toda máquina dejando atrás una cortina de polvo. Después de media hora de andar avistaron la recta de Tin – Tin y lo primero que dijo el Cordobés fue:

-¡Ma'ver como se porta el yipito. Ojála no joda porque quiero iegá rapidito!-

Como en las veces anteriores su apreciación era errada. Estaba muy lejos de lo que en realidad tardarían en regresar. A las incontables nanas que aquejaban al vehículo, esa tarde agregó la rotura de la bomba de nafta y no tuvieron forma de hacerlo andar sino llenando un bidón y colgándolo de la puerta del acompañante. Tuvieron que turnarse en chupar la manguera y sacar combustible del tanque. Pasaban “Los Laureles” cuando se paró el motor después de unos cuantos sacudones, pues no quedaba una sola gota de nafta y eran las

nueve de la noche.

Sería muy largo contar la forma en que el Cordobés se acordó de los fabricantes, ingenieros y diseñadores de aquellos fieles vehículos, como también de sus familiares. Pudieron continuar gracias a un piadoso viajero que les regaló cinco litros de combustible para llegar a un surtidor. Paradójicamente estuvieron de regreso en casa casi a las cuatro de la madrugada.

A la tarde siguiente, mientras Gregorio tomaba un café con Pepe le hubo comentado en detalle la aventura de la cual no había podido participar. Al rato apareció el Cordobés con Horacio, se acercaron y saludaron con desgano mientras comenzaban a retirar las sillas en el instante en que Pepe, mostrando su inocultable bocota y con tono incisivo, preguntó:

-¡¿Y muchachos?, ¿qué tal el viaje?!-, haciendo sonar a continuación una repugnante risotada. Como si lo hubiesen coordinado, los hermanos soltaron las sillas con un marcado gesto de desagrado, giraron media vuelta y se fueron puteando por donde habían llegado.

El que quiera creer que crea

Después de cenar al estilo campero, haciendo sobremesa y a poco de acodarnos con un generoso vaso de vino tinto, Olegario Cisnero; como hombre de anchuroso trajinar por los muchos senderos y huellas que atraviesan los montes y serranías aledañas a los Peñones Colorados, y aunque huraño y de pocas pulgas; aflojó la lengua y comenzó a desembuchar lo sucedido “hace poquito que hará” en el placentero transcurso de la madrugada, culminando una noche de inusual ajeteo. Con aquél fiero recuerdo aún latente en su sesera, quedaba evidente que la cosa no le resultaba fácil de expresar, pues hacía una serie de esquives y volteretas verbales previas que me dieron lugar a pensar que, de manera perspicaz, Olegario quería crear el ámbito propicio en su intento por engrandecer el impacto a lograr de acuerdo a la perspectiva con que se interpretase su relato. Aunque dispuesto a revelar su secreto, comenzó a discursar:

-De no cré vea, de no cré. Que si yo mismo no lo hubiera visto, no le creyo de denguno. Porque po'aquí más di'uno sabe decí que's cierto, que anda de aquí pa'yá y que cualquierita lo puede topá n'el monte a cualesquiera hora; y mejor si anda di'noche. Pero, ¡bah!, todo puro bla bla y bla bla nomá, no son de fiásele. Pero de mi sí, yo lo vu'á contá lo justo y en'de verdá. Ansí que si lo toca andá más noche por la senda, fijensén bien y no se vayan queré bajá del cabayo ni p'oriná, ansí s'estén orinando. Ansí de tantísimo é'la cosa. Y si usté sabe cargá un medayita o crucefijo, andelón teniendo a mano pa'tenélo cerca. Porqui'uno no conoce lo que lo va tocá en su propio destino de cad'uno, po'eso hay que tené precaución y andá con demá cuidao-, y continuó perorando por espacio de otros veinte minutos hasta que Cándido, un paisano que nos acompañaba, sacudiéndose la modorra por tener la panza llena y unos vasos de vino encima; a lo que se sumaba

el soporífero discurso del protagonista; cauteloso movió una mano para llamarle la atención e interrumpió:

-¡Che Olegarito, ¿pórque no contá di'un sola vé lo que ti'a pasao pué?. Ya'tás haciendoló demá largo l'entripao pa'que sea chorizo!-

Con inocultables signos de molestia, Olegario golpeó la mesa al momento de incorporarse a responderle:

-¡Mire vea mi amigo, mavé si me deja hablá con tranquilidad pa'contále lo acontecimiento. Capá qui'usté no lo'stá interesando, de'no metalé otro vaso y tengasé áhi quietito y mudo nomá. ¿Meta?!-, y volvió a acomodarse en la silla y a retomar la palabra:

-La cosa ha'sío po'l susto que mi'dao 'sa noche cuando m'iba pa'la casa. Vénia güelviendo di'ayá 'el puesto di'arriba, y 'taba cerráo la noche 'taba. Despaaaacio nomá vénia, porque garbeaba despacito pero tupido, y 'taba miedoso que me lo réfale el cabayo, n'el despeñadero ese p'al costao el río. 'Tába puro barro nomá; despué en cuesta'rriba si'anda bien. Ya vénia maliceando algo, po'qui'cruzao l'arroyo y l'urraca ha cantao; y endijpué vénia'norteando-, ahí lo corté para preguntarle:

-Que venían qué?-,

-Que vénia'norteando. Que'l viento vénia'norteando. Ha empezao a corré viento dil'Norte-,

-Ah, entonces decí que corría viento del Norte-, dije.

Olegario me miró de reojo, rejuntó un gargajo y lo escupió de lado:

-Po'eso digo que ya lo maliciaba tantito empezao a nortíá, y antesito di'yegá la'casa 'taban caendo hojas di'árbole. Lo caschi 'taban mudito, no lagraban nada, y 'taba óscuro demá. Cuando mi desmontao li'escucháo yorisqueá. ¡Aaaah carajo, jaira perros cagóne!, li'dicho y se han cayao. 'Tonce i'dentrao pa'la cocina pa'sacá lo jójoro y priendé el mecherito e'la galería. l'salío pa'juera, mi'dagüeltáo y...-, hizo una pausa y se persignó antes de continuar:

-Ustéde no me van queré creyé que mi'á pasáo-, hizo otra pausa, aunque ésta, respondía a un impulso reflejo en cámara lenta para empujar el codo y ayudarse con la carraspera que lo estaba atacando. Luego de paladear el vino, volvió al relato:

-¡Me'staba esperando el coludo qui'mierda!-, dijo resollando y con la cara que pasaba de una mueca a otra, achicando los ojos por el recuerdo del susto y desencajándolos por el enojo. Varios no entendimos a quién se estaba refiriendo, y Cándido hizo que nos sacase la duda:

-¿Quién decí que t'esperaba Olegarito?-

Olegario Cisneros se reclinó en su casi deshecha silla y frunció el ceño al ver su cara de incredulidad. Esto pareció darle más ímpetu:

-¡El coludo lo digo pué. Era el mismo diablo, carajo! Los caschi se me lo'an pegáo a la pierna má asustao qui'yo. ¡Ah miesca que'bia sio fiero. Mi'agarráo tiembladera cuando dicho que me quería yeváme!, ¡Ay Virgencita Mamita Santa y Tatita Dio!-, ¡gritao, -¡Diga qui'yo yevo siempre l'escapulario que mi'a dao la finada mi mujer, ¿ve?; Lo'i sacáo pa'mostraseló y mi'puesto a rezá con l'ojo cerrao. De'cuando lo'i abierto ya no'staba, se'b'ido y mi dejáo. Áhi nomá i'agarrao y m'ido al del compagre Crisanto. Mi' julepiao demá fiero, vea!-

Quedé desorientado y tratando de procesar lo que había escuchado, aunque también quedé haciendo un repaso de cada pasaje de su historia. Continuamos charlando de bueyes perdidos, en tanto, Olegario, solita su alma se vació una botella. Cerca de la medianoche se palmeó la barriga un par de veces, saludó:

-'Ta mañana 'tará siendo-, montó su caballo y se alejó despacio.

El relato no tenía fisuras y no daba pie a comentario alguno. La cuestión era simple pero no me dejó convencido, y para tantear si Olegario Cisnero había contado algo que en realidad había vivido o si era un suceso imaginario o repitió un hecho de su fantasía, en el transcurso de la mañana siguiente me llegué a lo de Crisanto Castillo para preguntarle acerca de lo sucedido, pues hasta ese momento, para mí no dejaba de ser una alucinación producto de una espectacular borrachera. Aunque, para sorpresa mía, Crisanto dijo que lo de la aparición del diablo era cierto, y como conocedor y hacedor de ciertas mañas y artes del curanderismo, no se animaba a ventilar algunas cosas.

También dijo que, bien temprano a la mañana siguiente de la aparición, entró a las tierras de Olegario; hacia un costado y contra la peña del cerro, a la vuelta de una charca de agua de lluvia halló varias huellas descomunales e inconfundibles de aquella indeseable presencia. Bajaban de una cañadita y se dirigían derecho a la galería del rancho.

Crisanto Castillo no me dio mayores detalles del tema, salvo mencionar que el trabajo que tuvo que hacer para sanar la morada de Olegario Cisnero, le llevó tres días “por demás cochinos”. Que comenzó rezando a la vuelta de la charca y terminó bordeando la alambrada de la quinta de frutales. Que llevó una imagen de la Virgen, cuatro velas blancas y una botella de agua bendita; y además, un frasco con un menjunje hecho con especias, insectos, partes de animales y otros ingredientes preparados para la ocasión; entre otras cosas imprescindibles para limpiar el lugar.

Y por último, Crisanto Castillo, me aseguró bajo juramento que, Olegario Cisnero, había dicho entonces toda la verdad. Ahí quedó la cosa y no me dio lugar a averiguar nada más. Cambio y fuera; el que quiera creer que crea.

Todo por una pelota

En el pueblo donde cumplí algo más de treinta años de permanencia con mi familia, habitábamos una antigua casa construida durante la época de oro del ferrocarril. Hasta no hace muchos años, un buen número de viviendas databa de aquél entonces y aún se erguían algunas armadas con tablas de pino canadiense; período aquél en que las trajeron por cientos de miles en centenares de vagones. Colindante con la nuestra había un enorme caserón de material con un terreno que abarcaba más de media cuadra, donde antiguamente había funcionado un hotel de medio pelo. Por esos años, el terreno no se aprovechaba en el buen sentido, pues no tenía plantas ni árboles frutales ni de sombra. Desde el primer recuerdo que guardo cuando me trepé a la medianera que las separaba, el espacio estuvo siempre cubierto de yuyales y montones de escombros mezclados con latas y fierros oxidados y maderas podridas. Su dueña era una mujer mayor oriunda de Tarija que aparecía por dos o tres meses al año para conseguir un albañil de poca monta que le hiciese algunos arreglos menores y remozase la fachada con una mano de pintura a la cal; trabajo que el ocasional oficiante encaraba de acuerdo a como se lo permitían las botellas de vino que iba consumiendo. Durante el resto del año, el caserón permanecía cerrado y deshabitado, y creo haber sido el único intruso que caminó entre sus límites durante esos días; pero solo a la hora de la siesta y cuando ocasionalmente saltaba la pared para buscar la pelota que rebotaba en el parapeto que servía de travesaño al arco de Sergio, mi hermano menor.

En dicho terreno y cerca de la pared compartida, con el paso del tiempo comenzó a marcarse un estrecho círculo que denotaba cierto grado de hundimiento, que se fue agravando

lentamente y a medida que se deshojaron los meses de los cuatro calendarios siguientes. Acaso lo que me resultaba más llamativo radicaba en que a pesar de afondarse algo más de medio metro, no terminaba de desplomarse; pues como según se estimaba entonces cuando se producía algún hundimiento cerca de una vivienda, los entendidos aseguraban que se trataba de un pozo ciego, en uso o descartado. De manera que comencé a evitar pasar por sus cercanías cada vez que entraba a rescatar la pelota, aunque desde ese momento también me fue imposible contener la tentación de arrojar de pasada la piedra o el cascote más grande que tenía a mano con la intención de ver y escuchar el estrépito que provocaría su caída, pero no hubo caso.

Me alejé de lo futbolístico y en consecuencia de rescatar el balón y puse dedicación a otras actividades de moda y motivado por mi edad. Desde entonces, el hipotético pozo quedó extraviado en algún recodo de mi adolescencia. Así pasaron los años hasta una nublada tardecita de invierno en la que, como quién espabila la modorra que ataca después del almuerzo, con uno de mis sobrinos calentábamos las piernas haciendo unos tiritos al arco y viendo el efecto que tomaba la pelota de acuerdo a la parte del pie con que la impulsábamos. En uno de esos tantos pelotazos, la redonda repicó en el borde de la tapia de ladrillos carcomidos y salitrosos y cayó del otro lado. Tal como lo hiciera decenas de veces repetí los pasos para subir dándome un envite para asirme al caño que sostenía el parral, y luego de colgarme por medio cuerpo sobre la medianera, salté encima de un montón de escombros. Ese día, ya cruzada la barrera me detuve con la mirada fija en un agujero oscuro resaltando del color amarillento de los yuyos secos. Con cautela me acerqué al borde y una vez en cuclillas me incliné hacia uno y otro lado queriendo aprovechar la luz del sol que se ocultaba detrás de las nubes. En el instante en que

divisé que el agujero parecía abrirse en un abismo, me alertaron los gritos de mi ocasional oponente deportivo reclamando mi regreso. Esa noche no pude dejar de pensar en el foramen y me dormí casi de madrugada vencido por el cansancio. Lo último que recuerdo es haber cerrado los ojos escuchando el encorador y pendenciero canto de un gallo que se alargaba con el repiqueteo lejano y desafiante de otro más guapo y peleador, que hacía llegar su clarinada desde la otra banda de las vías. No hice comentario alguno entre mis familiares y me propuse aguardar a las primeras horas de la tarde del sábado para investigar con la oportuna y cómplice soledad reinante en la tranquilidad de la siesta.

Arrodillado al borde del pozo rocié con alcohol una bola de papel de diario, la encendí y la arrojé. Contrariamente a lo que estimaba no tardó en detenerse en firme y consumirse por completo en pocos segundos. En la brevedad de la caída de la improvisada antorcha, alcancé a ver que el orificio había sido excavado en un grueso estrato de arcilla terciado con unas fajas de pedregullo. La uniformidad de la pared delataba que alguien había invertido una buena cantidad de horas emparejándola; también alcancé a divisar un estrechamiento del agujero, y en el fondo, algunas piezas cuadrangulares mezcladas en el revoltijo del desplome. Al comprobar que el pozo tenía fin, las cosas cambiaban. Más seguro que atrevido y con ganas de probar una nueva aventura, resolví regresar con un trozo de cuerda y una linterna en el intento por averiguar algo más que la profundidad. Primero até una piedra y la deslicé hacia abajo marcando cinco brazadas y media, lo que significaba que la excavación al fondo del pozo tenía poco más de seis metros. Con ayuda de la luz artificial fueron resaltando nuevos detalles, la boca circular alcanzaba el metro y medio de diámetro en superficie y hasta un metro de profundidad, a partir de allí, el marcado angostamiento tomaba la forma de un escalón ya derrumbado en casi todo el perímetro, y en el casi que no había caído quedaron apoyadas dos de aquellas piezas

regulares, que resultaron ser ladrillos de barro cocido. Apenas por encima de ese nivel había un diminuto agujero por el que se escurría constantemente un hilo de agua; quizás proveniente de algún caño de alimentación del caserón, pero averiado lo suficiente como para que hubiese una constante filtración en esa dirección. Así fue que dicha pérdida había socavado el escalón de sostén de los ladrillos y agudizado aún más el deterioro ocasionado por las lluvias. Poco más abajo de la mitad una oscura mancha dejaba ver que la boca volvía a abrirse en la horizontal con dirección a la plaza del pueblo. La sombra en forma de medialuna con los extremos hacia abajo y la diferencia de color de los sedimentos, dibujaban el arco de medio punto de la puerta de entrada a un túnel. Allí detuve la investigación y cubrí el orificio con un par de maderos, cartones y una parva de yuyos.

En alguna oportunidad y por boca de un viejo poblador había escuchado el comentario de:

-Unas construcciones coloniales en el centro del valle, donde después levantaron el pueblo al lado de las vías del ferrocarril-

El interlocutor decía haber escuchado la versión de un tío abuelo, quién a su vez la conocía de parte de un criollo veterano ya cuarteado por los años, y que en una ocasión imbuido de coraje por los ánimos que imparte el alcohol le comentó:

-Mi abuelo contaba que antaño cuando todavía andaban las tribus de indios, unos curas extraños habían construido tres casas grandes separadas una de otra por un tiro de piedra. Una casa era para que vivan los curas, otra era donde atendían y curaban a los enfermos y la otra servía como cuartel de los soldados-

Era algo que no pasaba de ser interesante para un cristiano que no se conmovía más allá del momento en que llegaba a sus oídos, pero a mí me produjo el clásico cosquilleo del que siente el impulso de continuar indagando. Así fue que, lupa en mano, leí un pesado libro que contenía cartas y documentos escritos en castellano antiguo; párrafos escritos con letras casi dibujadas en profusos firuletes y espirales. Sorteando algunas dificultades, comprendí el texto en su mayor parte y alcancé a transcribir valiosos datos, aunque dicho sea de paso, tuve que adivinar algunas frases. El asunto fue que después de largas charlas con los pocos longevos que por entonces conservaban algún recuerdo aletargado, y de escarbar, leer y revisar papeles apolillados y otros casi desechos, comencé a descular la idea medianamente cierta del rompecabezas de los hechos acontecidos hace casi cuatro siglos, y donde mucho después y por razones estratégicas, los ingenieros trazaron el tendido de las vías del ferrocarril. Las referencias aludidas, indicaban que el asentamiento primario surgió como alternativa de solucionar los inconvenientes que se manifestaban en la salud de los pobladores de la naciente ciudad de Salta del Valle de Lerma.

No me fue difícil imaginar los motivos por los cuáles los notables de la ciudad decidieron derivar de inmediato a quienes padecían de alguna enfermedad contagiosa a la Hacienda de La Viña en el Valle de Siancas, distante a unas doce leguas. La cuestión fue que al detectarse los primeros casos de lepra en la ciudad, los enfermos fueron enviados a la mencionada hacienda. La casi fatal pestilencia de aquella triste primera caravana, seguramente la llevó a tener mal recibimiento, y con la seguridad que otorgaba la distancia, la guiaron hasta una alejada caballeriza que había en la finca, a la que ni los negros esclavos se animaban a entrar. Ante tal contrariedad, los Padres Jesuitas que iban a cargo, reclamaron que se le diera otro destino y se previesen mejores condiciones. Entonces, las autoridades decidieron construir un hospital a una legua de

distancia del casco de la Estancia, pero como no podían dejarlos librados a su suerte con tantos nativos enojados y revoloteando, construyeron también, una residencia para los sacerdotes y otra donde alojar a la soldadesca de custodia. La calidad de las construcciones no fue mejor que precaria, pues de ellas no quedó ni una sola seña o resto, aunque lo que subsistió para confirmar la existencia del antiguo caserío, quedó al descubierto por capricho de una pelota.

De acuerdo a lo registrado por los cronistas, en el mismo ámbito donde se ubicaban las casonas de mi infancia, solo que con unos trescientos ochenta años de antelación, se había instalado el convento en el que vivieron cuatro de los varios curas Jesuitas que trajinaron de arriba a abajo los montes del Valle de Siancas evangelizando a los pelichocos, palominos, xuríes, labradillos, tobas, matacos y otros grupos que alternaban su paso por la zona.

Volviendo al tema del agujero descubierto, a una profundidad de tres metros se abría una puerta de entrada al túnel que estaba demarcada por una sola hilera de ladrillos de barro cocido, prolijamente colocados hasta la altura suficiente para que una persona caminase erguida, y por encima, los ladrillos se cerraban entre calce y ajuste hasta completar la forma de media luna. Las paredes se habían recubierto con ladrillos cocidos pegados con argamasa, y la dirección de la galería se orientaba hacia el poniente. Alcancé a internarme no más de diez o doce metros debido a la desesperante sensación de sofocación por respirar aquél aire pesado y enrarecido por tantos años de encierro, pero en ese corto trayecto distinguí que el suelo de tierra apisonada había sido bien emparejado. A punto de recular apunté la linterna hacia las tinieblas, sin embargo su luz se difuminaba tanto que casi no alcancé a ver más allá de donde tenía asentadas las plantas de los pies.

Por espacio de algunos meses no volví a acercarme al túnel hasta el día en que un vecino, en rueda de café comentó que desde algunas semanas notaba que el fondo de su casa, destinado al cultivo de hortalizas y aromáticas, se estaba hundiendo. Alguno se rió y dijo que se apurase a cosechar las zanahorias y las lechugas, otro aseguró que era un pozo ciego y que en cualquier momento iba a quedar con la mierda hasta la cintura; luego cambiamos de tema. El atardecer me encontró golpeando la puerta de su casa y charlamos acerca del túnel, le hice algunas preguntas y antes de despedirnos dijo que el día que hiciese cavar me avisaría; y cumplió. A poco de clavar el pico en el suelo escuchamos un ruido sordo, había caído una piedra dejando un bonito y negro agujero. Encendí la linterna, me agaché a revisar y enseguida advertí que se trataba del mismo túnel por el tipo de construcción, aunque el cierre de la bóveda no estaba a la misma profundidad. En el primer hueco que había visto, hasta tocar el fondo tenía algo más de cuatro metros, y donde revisábamos entonces apenas superaba los tres metros; no excavamos ni tocamos más de lo hecho.

En pocos días tuve parte de la respuesta cuando encontré la puerta de la galería proveniente de una de las dependencias y se conectaba con otra de ellas mediante un ramal desprendido de la galería principal. Caminé un tramo de nueve pasos hasta aquella otra puerta y avancé cinco pasos más por el primer pasadizo, donde encontré la que servía de acceso a la vía que las comunicaba con la dependencia faltante; quizás los cuartos de la residencia jesuita. Después de mirar en superficie calculé la distancia desde el desmoronamiento hasta el punto en donde debía estar la entrada que utilizaron, quedando evidente que el hueco de acceso había sido sellado por la gruesa capa de pavimento que ya cubría las calles del pueblo. El ramal que tal vez conducía a la estancia de los militares se había cerrado por completo

debido a un desprendimiento medianamente reciente. Lo sorprendente fue que, en una hornacina excavada sobre la pared del lado derecho, aún permanecía colgado un hábito deshilachado y roto de alguno de aquellos corajudos jesuitas; hábito polvoriento, testigo de historias que nunca llegaremos a conocer. Por encima de la piedra que era la base de la hornacina, yacía un rosario colocado en espiral junto a un par de gastadas sandalias de cuero. Ni siquiera el profundo escalofrío que me produjo la emoción de verlos, como así tampoco las ansias de seguir husmeando, me llevaron a sentir que podía ser capaz de dejar una huella encima de ellos.

Pasaron unos cuantos años, más de veinte, y el azar quiso que conociese la ubicación de la tercera de aquellas históricas y ya olvidadas construcciones. Un nuevo vecino que comprara una antigua casa en cercanías de la plaza principal, la demolió para levantar otra nueva. En medio del desbarajuste que comprende descolgar pesadas techumbres, echar abajo altos paredones de adobe y retirar los pisos de gruesas baldosas, los obreros encontraron una descomunal tapa de hormigón asentada encima de una doble cruz de robustos troncos de quebracho con un refuerzo de hormigón taponando el hueco. A casi tres metros por debajo de aquel sello, se abría la tercera de las puertas con cierre en arco de medio punto.

Un tren que pasaba por ahí

Tomando las manijas de su bolso, Victorino Moya aguardaba a que el tren se detuviera por completo, y palideció viendo a través de la ventanilla y como en una pantalla, el gentío que se agolpaba abanicando los brazos levantados y suplicantes que mostraba y ofrecía sus artesanías apoyadas en las palmas de las manos y colgadas de los dedos; urgidos por venderlas. Manitos de niños y manos de mujeres y de hombres, confundidas en caótica visión; manos callosas y rajeteadas, deformadas y sarnosas que se mantuvieron en alto hasta que el tren volvió a moverse.

Victorino llevaba dos décadas de su vida trabajando como encargado de una fábrica de puertas y ventanas, instalada en la calurosa ciudad de San Pedro. La misma empresa extraía madera de las parcelas arrendadas en la exuberante selva oranense.

Por aquél entonces, los Cascotenses se sumaban al resto del mundo a punto del mediodía cuando rumbo a la frontera pasaba la locomotora arrastrando unos cuantos vagones, y casi a la misma hora cuando anunciaba su regreso con roncos pitazos. De ida o de vuelta se detenía sólo el tiempo necesario para que los peones engancharan un vagón cargado con madera aserrada y subiese o bajase algún pasajero. En aquellos días eran nada más que quince o veinte minutos en los que las desiertas callejuelas aledañas a los rieles se transformaban en un interminable desfile de nativos que las recorrían de una a otra punta. El tren reiniciaba su marcha y los vendedores se dispersaban entre yuyales y arbustos con la misma velocidad que de entre ellos habían surgido. Algunos se iban contentos, apretando entre sus dedos un par de billetes, en tanto otros marchaban tristes por no haber vendido, y

arrugando con los suyos la punta de su camisa. Una triste figura acaparó su atención entre aquél inquieto enjambre humano que lo apabulló. Un joven que poseía las características físicas más representativas de los de su etnia: estatura, fisonomía, cabello renegrido y tono de piel, pero lo sorprendente era el profundo color celeste de sus ojos; y una sola razón lo justificaba: madre nativa y padre gringo. Alcanzó a verlo durante unos minutos casi arrastrando una de sus piernas y con la osamenta a falsa escuadra, vistiendo harapos y una vieja gorra de guarda, y moviéndose por el costado del tren, golpeando las ventanillas para pedir limosna mientras iba gesticulando y balbuceando frases incomprensibles.

Victorino supo que se llamaba Benjamín.

Luego de ese día lo encontró con cierta frecuencia en las callejas polvorosas. Se le acercaba presuroso con la intención de que le diese algo de dinero, aunque Victorino nunca le dio un peso, hacía que lo siguiese al almacén y le compraba fiambres y golosinas.

De madrugada y camino al aserradero, Victorino veía como los nativos en número de cinco o más se agrupaban sentados bajo de un árbol a esperar que los llamase para cualquier trabajo; ofreciéndose con insistencia para barrer el predio, retirar recortes de troncos, acarrear y acomodar los palos, estibar los bultos en el vagón que se llevaría el siguiente tren, y hasta quitar el aserrín de las fosas de las sierras y cargar o descargar un camión. Eran voluntariosos, pero su deficiente alimentación les jugaba en contra, pues en un par de ocasiones, alguno que no probaba bocado desde el día anterior y en su apuro por terminar, se esforzó sin descanso y cayó desmayado a mitad de la fajina.

Un atardecer en que pasó caminando cerca de tres criollos que conversaban en voz baja, Victorino escuchó decir:

-Nosotros no nos mezclamos con los maticos-

En varias ocasiones había presenciado charlas en que los hombres se referían a los nativos con un desprecio inocultable, aunque no entendía el argumento con que tomaban esa postura de contrapelo porque de todos modos estaban condenados a convivir en los apretados claros de la selva. Además, advirtió que en días feriados o de celebraciones a las que cualquiera de las dos parcialidades se diese a festejar, los integrantes de la contraria participaban con igual entusiasmo. Y pudo ver que la muchachada criolla luego de tomar unas botellas de vino no denostaba gestos de aversión ante una nativa a la que con un par de violentos sopapos, obligaban a que se abriese de piernas.

Victorino jamás estuvo de parte del solapado invento de superioridad con que los criollos presumían ser mejores que los matacos tratando de mantener la postura de diferenciar su sangre de la otra. Por lógica que excluyendo las forzadas oportunidades en que se cabalgaban a una mujer de la otra parcialidad.

Pasados unos meses se hizo amigo de los nativos menos remisos, y a medida que los conoció y aprendió sus nombres, pensó que eran apodos impuestos por algún foráneo gracioso o que eran resultado de las bromas de mal gusto del agente del Registro Civil. Y aunque le costó creer que en realidad así era, muchos de los nativos tenían nombres y apellidos de fantasía o elegidos al azar. Le sucedió al momento de saber el de Oscar Sendero Angosto, un flaco habilidoso que oficiaba de carpintero y al que no le pudo descubrir la forma en que se las arreglaba para trabajar con un martillo, dos escoplos y un taladro de mano. Aun así le confió la tarea de armar unos cuantos juegos de mesa y cuatro sillas rústicas cada dos meses, pagándole a la usanza criolla: mitad dinero, mitad mercadería. De modo que cuando Oscar tenía listo un nuevo juego, lo cargaba en un carrito de mano y se lo entregaba a Victorino, que enseguida preparaba una encomienda y la despachaba en el siguiente tren para algún pariente o amigo.

Otro al que le había tomado aprecio y con el que conversaba a como se lo permitía su tartamudez, era Asdrúbal Fabriziano Tercero; joven al que le faltaba una pierna por lo que se movilizaba apoyado en una muleta hechiza de palo. La mordedura de una víbora no atendida a tiempo había derivado en infección aguda y el curandero de la misión le salvó la vida amputándole la pierna en medio de la selva con una cirugía de apuro y sin anestesia, practicada con un filoso puñal y un trozo de alambre de enfardar. Victorino no pudo saber cuál de los conocidos de Asdrúbal, al ver las dificultades que tenía de pronunciar incluso su propio nombre, decidió bautizarlo con un sencillo apelativo que el susodicho emitía vocalizando dos veces la misma sílaba. La cuestión era que Asdrúbal o Pepe subsistía con el despliegue de sus habilidades de talabartero, haciendo fundas de cuchillos, cintos y estuches de cuero crudo. Otro nativo se acercaba a Victorino a pedirle un cigarrillo cada vez que lo encontraba, diciéndole solamente “papito” y tocándose los labios. Este muchacho había tenido la desgracia de nacer con poca materia gris, pero se las ingeniaba para ahumar y hachar los troncos en que las abejas silvestres ocultaban la miel. Muchos en la reducción se burlaban de él diciendo que era “opa de espíritu alegre”, a causa de que la madre lo había parido una noche mientras bailaba borracha festejando el carnaval. Victorino le compraba miel casi todas las semanas en un intento por entablar una charla, pero nunca consiguió hacer que dijera otra cosa que:

- Botella costando cinco pesos-, y
- Yo Carlos Gardel, así mi nombre-

Entre los pobladores con que a diario se cruzaba Victorino, había una india vieja de cara apergaminada que tenía la costumbre de andar con un manojo de bolsas de plástico en las que guardaba yuyos, amasijos de arcilla y atados de trapos, huesos y plumas, pelo y cueros de animales, y según los comentarios, preparaba hechizos y maldiciones. Aunque la

realidad era muy diferente y la conoció el día en que al doblar una esquina se encontró de lleno con la mujer. La vieja le gritó un par de frases en su incomprensible idioma e hizo unos ademanes y le arrojó un puñado de yuyos triturados. Victorino salió corriendo y acudió a uno de sus amigos para contarle el episodio y conocer el significado de la actitud que la mujer había tenido. Al terminar de escucharlo, el mataco soltó una risotada:

-¿Y vos que's hecho?-,

-He salido apurando el paso, ¿por qué?-, el otro rió de nuevo y dijo:

-Vos también te lo's créido. Esa vieja vive sola y algo le falta a su cabeza, por eso así anda. Los cristiano le dicen bruja porque dicen que d'eso oficea y para que no le maldiga le dan plata y regalo. Lo que hace es hacése la mala y sacá provecho. Así vive la vieja Pronunciación-

Pero el que protagonizó un hecho gracioso que se comentó mucho tiempo, fue el linyera Benjamín. Estaba habituado a recorrer el caserío en horas de la mañana buscando algo de comer, en un dificultoso trajinar seguido por una hilera de perros flacos y pulguientos que se alimentaban de lo que sobraba de sus sobras. Tanto el amo como su fiel jauría marchaban arrastrando pesadamente su indigencia; los perros sarnosos lo hacían temblequeando, y Benjamín tenía en una pierna, una herida ulcerada y cubierta de llagas verdosas. Rondaría los treinta años edad y no tenía parientes, por las noches se arribaba a dormir en un rincón del galpón de cargas de la estación de ferrocarril. Aunque cuando sabía de la proximidad del tren, con agilidad aprovechaba los minutos que la formación permanecía detenida, y retozaba de felicidad si reunía unas monedas para comprar unas rodajas de mortadela y pan.

Lo memorable del linyera Benjamín, acaeció una tarde en el aserradero mismo y a poco de la partida del último tren de la semana mientras el dueño recorría el establecimiento en compañía de dos empresarios de Buenos Aires que habían recalado con intenciones de comprar un considerable lote de maderas. En determinado momento cuando conversaban animados a un costado de la playa de estiba de troncos, de camino al boliche apareció Benjamín apuñando unas monedas. El dueño del aserradero, que lo conocía desde siempre, al verlo aproximarse pretendió encumbrarse en un anfitrión gracioso, excedido en su alegría por la reciente venta. Hizo unos pasos para quedar casi de frente y lo saludó en tono socarrón:

-¡Adiós, don Benjamín Franklin!-

El joven respondió levantando la mano en que guardaba su tesoro mientras mostraba una sonrisa de huecos que se alternaban con los dientes que le quedaban. Movido por la curiosidad, uno de los compradores preguntó si en realidad era el nombre del pordiosero. El hombre asintió con la cabeza, y porfiando en su postura de payaso requirió que se acercara. Obedeciendo el pedido, Benjamín Franklin se detuvo a muy poca distancia intentando verlo mejor por entre la costra de lagañas que le enmarcaba los ojos; cuando de pronto el patrón, mientras abanicaba un billete de cien dólares, le dijo:

-Mirá, vos te llamas así por este señor!-

Sin entender el mensaje, Benjamín se esforzó y quiso mirarlo bien porque nunca antes había visto un papelito de ese color; entonces el chistoso le aproximó el billete a un jeme de la nariz y sucedió lo inesperado. Ni siquiera sospechó el veloz manotazo con que se lo quitó y lo arrebujo, y más rápido se lo introdujo a la boca, lo masticó por unos segundos como si fuese un manjar y se lo tragó de un solo impulso delante de su perpleja mirada. El frustrado payaso lo miró con ojos desorbitados, pero sabiendo que por su estúpida actitud no tenía lugar a reprimirlo, y resignado asumió que le había salido el tiro por la culata.

Al margen de la supuesta fama impuesta por acarrear el nombre de aquél lejano personaje que signó las páginas de la Historia sin saberlo, a partir de su edad de mancebo, Benjamín había alterado algunas de las costumbres de los Cascotenses y en poco tiempo supo ganar su propia fama, pues en compensación por lo disminuido de su intelecto la madre naturaleza le proveyó un portentoso distintivo de género. Distintivo que al parecer era por demás respetable, pues dio origen a comentarios que se difundieron rápidamente. Victorino escuchó de refilón a dos vecinas que conversaban afirmando:

-Que de solo verle su virtud causa pavor-, diciendo también que la versión comenzó a rodar en el mismo momento en que Benjamín, siendo niño salió desnudo a caminar por el pueblo. Desde entonces, las madres procuraban resguardar la integridad de sus hijas, enseñándoles que siempre pero siempre, se mantuviesen a prudente distancia de Benjamín Franklin, de alguna manera el privilegiado.

Un mediodía nublado y caluroso, aquél mismo tren que acercaba la alegría, la vida y la esperanza a los pobladores de General Cascote, se llevó entre sus ruedas a Benjamín Franklin y a sus perros.

Volviendo a Iruya

A poco de abandonar los cerros y hondonadas por entre las que nace la Quebrada de Humahuaca, se ingresa nuevamente en territorio salteño para trasponer el Abra del Cóndor por un camino que supera los 4000 metros de altitud. En esa parte del trayecto la huella se tuerce y se retuerce descendiendo al fondo de la Quebrada del Río Iruya; de allí corre entre la playa y el cauce hasta llegar al pueblo. En el Paso del Toroyoc se alcanza a divisar la aún lejana torre de la iglesia como un blanco manchón que resalta en la aridez de los cerros que la enmarcan.

En el lugar, como detenido en el tiempo, la calle principal ha sido empedrada siguiendo la inusual pendiente que obliga a apurar la marcha, aunque una vez que logra superarse hay que frenar en seco al desembocar en el estrecho espacio delimitado por las pircas que bordean el corte. Enclavado sobre el espolón de roca que se forma en la junta de la quebrada de San Isidro con la del Río Iruya, el caserío se construyó sobre los restos de un antiguo poblado Omaguaca que mantiene sus estrechas callejuelas como dibujadas sobre la pendiente y con curvas que suben y bajan abruptamente. La única porción de tierra en la horizontal es La Tablada, antigua plaza que la gente todavía utiliza para distintas actividades que van desde ferias ocasionales hasta reuniones sociales y religiosas. En la otra banda del río y por detrás de las casitas blanqueadas a la cal que se agolpan rompiendo el ocre amarillento de una enorme mole, el incansable trajinar de los lugareños y sus animales han desgastado en zig-zag la ladera que parece terminar en las nubes.

Durante el verano las tormentas se anuncian con truenos que retumban en los murallones naturales como si los cerros se estuviesen descerrajando. Revientan igual que tremendos cañonazos que lentamente se apagan, en tanto, ya ronronea su proximidad el que le sigue. Por las mañanas el sol aparece lento y se demora algún tiempo para salir por detrás del descomunal paredón que lo esconde, dejándose ver cerca del mediodía.

Desde algún momento que se pierde en el tiempo, los primeros días de octubre se festeja al Patrono San Santiago en una recordación que congrega gente de los alrededores y de otras localidades que llegan cargados de artesanías y productos para vender o hacer trueque por otros que no hay en su lugar de procedencia. Hasta no muchos años atrás montaban en la playa del río una gran feria de acuerdo a como iban arribando y sin orden alguno; entonces era común escuchar las tratativas y discusiones entre los que querían hacer negocio para proveerse de lo que podrían obtener de nuevo, recién en una siguiente oportunidad:

-Mirá la burra con tochi, damélo do costale i'papa y yevatelá-, ofrecía un muchacho que vestía un pantalón tres cuartos de barracán y unas abarcas que parecían ser parte de sus pies,

-No, costal y medio nomá-, contestaba el agricultor.

-Mirá la manta de dos plaza, suavita y calientit'es. Alborotadora pa'que te yenés d'hijos-, gritaba una gorda tejedora queriendo promocionar sus tejidos; mientras un alegre tallador entrado en copas, se dirigía al alfarero que recién acomodaba su mercancía:

-Ti cambéo un batea di madera po'eso tinajón con tapa-

Otros, que sentados frente a frente y sin hablar, colocaban y quitaban objetos y productos sobre una manta, y de acuerdo a cómo cada uno consideraba la oferta y la demanda. En ese revuelto humano se podían encontrar papas

y habas de la zona, los típicos gruesos tejidos de lana de llama y oveja provenientes de Colanzulí o de San Isidro, las naranjas perfumadas del lado de Isla de Cañas, los hermosos canastos tejidos en Volcán Higueras abajo, la vistosa vajilla de madera tallada de San Andrés, y una gran variedad de ollas y objetos de cerámica de La Quiaca. Familias enteras llegaban a pie o a lomo de burro marchando por entre la aridez de los cerros, y en no pocos casos después de viajar hasta tres días para instalarse. Y armaban con lo que traían y con lo que alcanzaban a conseguir unos reducidos abrigos contra las peñas. Por lo general, con unos cuantos palos que acarreaban consigo, levantaban una lona en techumbre para protegerse del implacable sol del mediodía y del sereno de las frías noches.

Fue en el primer viaje que hicimos con Juanito allá por el año 82 que en horas de la tarde bajamos a la playa a ver de cerca algo muy particular. Juanito se quedó conversando con unos abajeños que habían llegado con un arreo de animales y se las habían ingeniado para mantener la recua dentro de un curioso corral hecho con coloridas sogas de lana. Mientras él charlaba entretenido, llamó mi atención un ancianito que permanecía sentado en una piedra y alejado del bullicio, vistiendo unos pantalones remendados y un medio poncho descolorido. Hacia un costado había apilado los pocos bultos de su equipaje, y muy cerca, su burrito se entretenía con el escaso verde que había crecido entre el pedregal de la costa. Solita su alma, el anciano de ojos tristes y perdidos miraba el borboteo del curso de agua cristalina que se alejaba bajando en la estrechez del cauce y completamente ajeno al resto de los feriantes. Intrigado por el motivo de su aislamiento me aproximé:

-¡Hola abuelo, ¿qué vende usted?!-

Sorprendido, como un muñeco movió la cabeza para enfocarme con sus rasgados ojos, entrecerrados y húmedos, a la vez que respondió con timidez:

-Orito-, dijo y no entendí,

-¿Qué dice que vende?!-, insistí,

-¡Orito!-, respondió alzando la voz, al momento que de una chuspa de lana que mantenía colgada al cuello por dentro de la camisa, sacó una masa informe.

-¿Orito dice?, ¿y a cuánto lo vende?-, le inquirí desconfiado. Apenas lo escuché cuando respondió con su voz cascada:

-Cincuenta pesito demé don-, mientras depositaba algo pequeño pero de buen peso en la palma de mi mano,

-¿De dónde viene abuelo?-,

-Di'acacito nomá, di'un veguita que queda trastornando el Cerro Morao-, (Distancia que para recorrer a pie y traducida en tiempo, corresponde a dos días con sus noches)

-¿Con quién ha venido?-,

-Con mi animalito-, fue lo último que escuché. Se volvió y se acucilló y comenzó a desatar uno de sus amarritos. No lo supe hasta poco después pero esa actitud era para darme a entender que no cruzaría una sola palabra más; el diálogo había concluido, pues le hice un par de preguntas antes de pagarle y marcharme. Las preguntas quedaron en el aire y el saludo no tuvo devolución.

Una vez de regreso en casa observé con una lupa lo que aquel hombrecito me había vendido; una antigua moneda deformada a golpes de piedra. Tuve entonces la seguridad de que el abuelo había encontrado un tapao, quizás con Fernandinos de oro puro. En ocho oportunidades durante igual número de años regresé a la feria, nunca volví a encontrarlo.

ÍNDICE

Acampando en el Museo	11
Anécdotas de don Felipe	21
Changuito de sal	25
Decoroso y su ahijado	28
Pantaleón el panteonero	34
El andariego	39
El Cacique	41
El diablo	48
El primero fue Segundo	54
El único que no...,	68
No es solo una leyenda	71
¿Qué tal el viaje?	76
El que quiera creer que crea	93
Todo por una pelota	98
Un tren que pasaba por ahí	107
Volviendo a Iruya	114



IECFA

INSTITUTO DE ESTUDIOS
CIENTÍFICOS DEL
FOLKLORE DE AMÉRICA